

18
29

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras
Colegio de Letras Hispánicas
Sistema Universidad Abierta

Visión de América en Alfonso Reyes

TESIS

que para obtener el título de Licenciado
en Lengua y Literaturas Hispánicas



Ramón Jiménez López
Facultad de Filosofía y Letras
Sistema Universidad Abierta
México

1991

MAR. 5 1991

SECRETARIA DE
ASUNTOS ESCOLARES

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

| | |
|--|----|
| INTRODUCCION | 1 |
| Notas de la Introducción | 5 |
| | |
| 1 LA UTOPIA Y AMERICA | 6 |
| 1.1 ¿Qué es la utopía? | 7 |
| 1.1.1 Origen de la utopía | 10 |
| 1.1.2 Utopías retrospectivas y de anticipación | 12 |
| 1.1.3 Rasgos de la utopía | 14 |
| 1.2 Algunas narraciones utópicas | 17 |
| 1.2.1 La utopía de Platón | 17 |
| 1.2.2 La utopía de Harrington | 21 |
| 1.2.3 La utopía de Tomás Moro | 22 |
| 1.2.4 América como utopía | 27 |
| Notas del capítulo primero | 31 |
| | |
| 2 EL HECHO DE AMERICA | 33 |
| 2.1 El descubrimiento de América | 34 |
| 2.2 Los impulsos del descubrimiento | 35 |
| 2.2.1 Los "colonos desconocidos" | 36 |
| 2.2.2 El "Misticismo geográfico" | 37 |
| 2.2.3 Los humanistas | 37 |
| 2.3 Antecedentes cosmográficos | 39 |
| 2.4 Cristobal Colón | 40 |
| 2.4.1 El proyecto de Colón | 41 |
| 2.4.2 Los viajes exploratorios | 42 |
| 2.4.3 Américo Vespucio | 46 |
| Notas del capítulo segundo | 51 |

| | |
|---|----|
| 3 AMERICA INDIGENA | 52 |
| 3.1 La región más transparente del aire | 52 |
| 3.2 Casas de encantamiento | 56 |
| 3.2.1 El templo | 58 |
| 3.2.2 La plaza del mercado | 59 |
| 3.2.3 Las casas del emperador | 61 |
| 3.3 La flor, madre de la sonrisa | 62 |
| 3.3.1 Autenticidad de la poesía indígena | 64 |
| 3.3.2 "Ni noyotl nonotza" (Un poema indígena) | 65 |
| Notas del capítulo tercero | 68 |
| 4 AMERICA COLONIAL | 69 |
| 4.1 Creación de una cultura | 69 |
| 4.1.1 La educación | 69 |
| 4.1.2 La Real y Pontificia Universidad de México | 71 |
| 4.1.3 La imprenta | 72 |
| 4.1.4 Los "géneros nacientes": la crónica y el teatro misionero | 73 |
| 4.1.5 Los "géneros transportados" | 76 |
| 4.1.6 La sociedad colonial | 76 |
| 4.2 Formación del ser americano | 78 |
| 4.2.1 Don Juan Ruiz de Alarcón | 79 |
| 4.2.2 Don Carlos de Sigüenza y Góngora | 81 |
| Nota del capítulo cuarto | 83 |
| 5 EN BUSCA DE LA IDENTIDAD AMERICANA | 84 |
| 5.1 América: el universo latino y el anglosajón | 82 |
| 5.2 El Ateneo de la juventuda y Alfonso Reyes | 87 |

| | | |
|-------|--|-----|
| 5.3 | La cultura en general | 88 |
| 5.3.1 | Niveles de la cultura | 89 |
| 5.3.2 | Cultura universal y latina | 90 |
| 5.4 | La geografía | 92 |
| 5.5 | La raza | 95 |
| 5.6 | Lo autóctono | 96 |
| 5.7 | Función unificadora de la cultura | 98 |
| 5.8 | La función de la "inteligencia americana" | 102 |
| | Notas del capítulo quinto | 110 |
| | | |
| 6 | EXPRESION FORMAL DEL CONTENIDO | 112 |
| 6.1 | La utopía | 113 |
| 6.2 | La utopía de América | 115 |
| 6.3 | El descubrimiento | 117 |
| 6.4 | La identidad de América | 118 |
| | Notas del capítulo sexto | 122 |
| | | |
| | CONCLUSIONES | 123 |
| | | |
| | BIBLIOGRAFIA | 128 |

SIGLAS

| | |
|-----|-----------------------------------|
| CE | <u>Cuestiones Estéticas</u> |
| JS | <u>Junta de sombras</u> |
| LNE | <u>Letras de la Nueva España</u> |
| NTL | <u>No hay tal lugar</u> |
| TD | <u>Los trabajos y los días</u> |
| TyO | <u>Tentativas y Orientaciones</u> |
| UT | <u>Ultima Tule</u> |
| VA | <u>Visión de Anáhuac</u> |

INTRODUCCIÓN

Alfonso Reyes aborda en sus escritos una variedad innumerable de temas. Uno de sus preferidos, que nunca abandonará a lo largo de su vida, es el tema de América; porque América es "la primera realidad que se ofrece" (UT, 11-12)¹, como una visión admirable, a sus ojos de niño; es "el tesoro de mayor precio" (Ibid.) que no pierde en su larga estancia europea; y "la cifra de comunes desvelos" (Ibid.) compartidos con los intelectuales de Latinoamérica. Reyes es por vocación un americanista. Su obra es un testimonio de ello; y al mismo tiempo, como dice Rangel Guerra, "una lección permanente de búsqueda y encuentro de nuestras propias raíces"².

Don Alfonso llega a América por el camino de España. Su obligada permanencia en Castilla lo enriquece con una experiencia en la que lo universal de la cultura grecorromana no excluye el amor y la nostalgia por la patria alejada. La experiencia de España le permite penetrar en la esencia de América. De esa experiencia brota la convicción de que las raíces de su ser, como las de todo latinoamericano, son -deben ser- hispánicas.

A Reyes le preocupa el porvenir de América; la creación de una nueva cultura universal que integre e identifique a los diversos pueblos americanos. Tarea para la cual, esos mismos pueblos, están especialmente preparados. El porvenir es, para él, un tiempo existente y real, desde donde contempla el presente y el pasado de América: descubrimiento, conquista, colonización. Como poeta, piensa que el "más allá", bajo las formas de imaginación, sueño o utopía, le permite descubrir la realidad. Esto es así, porque la óptica desde la cual mira a América es la palabra poética. Él mismo confiesa que su ventana desde donde mira al mundo es la literatura. Y tiene razón porque "la poesía es lo absoluta y auténticamente real"³; y porque no hay verdad sin un mito que la preceda⁴. Mito y poesía le señalan la ruta de América; la misma que siguió Colón: la de los presagios y las adivinaciones. Y su esfuerzo logra el mismo premio que la aventura del descubrimiento: la visión de la tierra firme y su incorporación a la historia universal⁵.

Siendo tan abundante la obra de Reyes, se hizo necesario, en primer lugar, limitar mi estudio exclusivamente a los ensayos. Hasta el presente no se ha hecho un deslinde acertado de este género literario. No obstante que el mismo Reyes llevó a cabo la delimitación teórica del ensayo⁶, los autores no están de acuerdo en lo que se refiere a su naturaleza

como obra literaria⁷, Esta dificultad hace necesario señalar qué es lo que no tomamos en cuenta al estudiar la obra de Reyes. En la presente investigación nos referimos solamente a sus escritos en prosa que no son de carácter ficticio, como pudieran serlo la novela, el cuento o el drama; ni los puramente líricos. Se ha considerado a don Alfonso como poeta, tomando en cuenta su hermosa obra lírica y el acertado cultivo de la prosa narrativa y el drama; sin embargo, Alfonso Reyes "es principalmente ensayista"⁸.

Si el ensayo es, como bellamente lo define Reyes, "un centáuro de los géneros, donde hay de todo y cabe de todo"⁹, era necesario marcar un segundo límite, impuesto por el tema elegido para mi investigación: América. En efecto, los ensayos de don Alfonso siguen múltiples direcciones: divagaciones puras, crítica literaria, temas humanistas, teoría literaria, meditaciones americanas y asuntos misceláneos¹⁰. Sin la pretensión de hacer un estudio exhaustivo de la obra de Reyes, limité mi trabajo a los siguientes ensayos del autor, porque a mi juicio dan una idea completa de lo que piensa sobre el tema de América. Ensayos que dieron origen a los cinco capítulos que integran esta investigación.

Para el primer capítulo sobre la utopía utilicé No hay tal lugar, que es la definición de utopía dada por Quevedo.

Esta obra se completa con Junta de sombras y Los trabajos y los días, especialmente para el estudio de la utopía platónica.

Ultima Tule nos sirvió para el segundo capítulo. América es el cumplimiento de un presagio, la realización de una utopía, el anuncio de una esperanza.

El hermoso libro Visión de Anáhuac nos permitió, en el tercer capítulo, contemplar el paisaje americano con la mirada meditabunda de nuestros antepasados y asomarnos a mirar la civilización prehispánica con los ojos, llenos de asombro, de los conquistadores.

La sociedad colonial donde florece el Barroco es vista desde la ventana de Reyes que es la literatura. En este capítulo nos servimos de Letras de la Nueva España y Cuestiones Estéticas.

Finalmente en la búsqueda de la identidad americana del capítulo quinto, fuimos guiados por Tentativa y Orientaciones, donde Reyes expone su pensamiento sobre la cultura y sobre el porvenir de América.

Para mí ha sido significativo haber elaborado esta investigación entre dos acontecimientos: el primer centenario del nacimiento de Alfonso Reyes (1989) y el quinto centenario del descubrimiento de América (1992). En este tiempo de reflexión sobre la realidad y el futuro de América, quise hacer una modesta contribución, explorando el pensamiento de Alfonso Reyes, un hombre universal y americano.

NOTAS DE LA INTRODUCCION

- 1 Para el presente trabajo utilizo las Obras completas de Alfonso Reyes, editadas en México por el Fondo de Cultura Económica. En adelante, cuando me refiera a las obras de Reyes, daré la sigla y la página.
- 2 Rangel Guerra, A. "Menéndez Pelayo y Alfonso Reyes", Boletín del Colegio de México No. 13, México, marzo-abril, 1987. p.8
- 3 Gutiérrez Girardot, R. La imagen de América en Alfonso Reyes, Madrid, Insula, 1955. p.13
- 4 Valbuena Briones, "El camino de América" en Literatura hispanoamericana, Barcelona, Gustavo Gili, 1961. p.515
- 5 Gutiérrez Grirardot, R. La imagen de América en Alfonso Reyes, Op. cit., p.16
- 6 Reyes, Alfonso. "El Deslinde", Prolegómenos a la teoría literaria, O.C., XV, México, FCE, 1963. pp.37 y ss.
- 7 Mejía Sánchez, E. "Prólogo" a El Ensayo actual latinoamericano, México, Edic. de Andrea, 1971. pp.7 y 8
- 8 Martínez, José Luis. El ensayo mexicano moderno, México, FCE, 1971. p.289
- 9 Reyes, apud Earle, Peter G., Historia del ensayo hispanoamericano, México, Edic. de Andrea, 1973. p.75
- 10 Martínez, José Luis, El ensayo mexicano moderno, Op. cit., p.289

LA UTOPIA Y AMERICA

América es vista por los renacentistas de Europa desde dos perspectivas diferentes y con dos propósitos distintos. Desde una perspectiva materialista, el Nuevo Mundo aparece como un gran yacimiento de riquezas que deben ser explotadas; y el habitante de ese continente -el nativo- como una mano de obra barata. Desde una perspectiva idealista, la nueva tierra es el campo propicio para edificar una sociedad mejor, más libre, más humana. La visión de América, desde esta perspectiva, significa situarla en los terrenos privados de la utopía.

Este es el ángulo desde donde Alfonso Reyes mira a América. Por eso, el estudio de la visión de América en Alfonso Reyes tiene que empezar por el estudio de la utopía. Dividimos el presente capítulo en dos partes. En primer lugar, consideramos lo que Reyes piensa de la utopía en general. Después, examinamos algunas narraciones utópicas en particular, que guardan una relación especial con nuestro continente.

1.1 ¿Qué es la utopía?

Cuando don Alfonso Reyes pretende decirnos lo que es la utopía, no encuentra otra definición mejor que la de Quevedo: "Utopía, voz griega cuyo significado es no hay tal lugar" (TD,274). observa que la palabra ha ido perdiendo su valor al ser usada como sinónimo de quimera o cosa imposible. Este sentido traslaticio de la palabra le parece legítimo pero no es el técnico:

En el uso técnico, la utopía o es una fantasía que a nadie pretende engañar, o es una representación novelada de cosas relativamente posibles, que no existen pero que pudieran existir.

(Ibid.,274)

La utopía, en consecuencia, no es lo imposible sino lo que no existe todavía. Y tiene como característica esencial lo novelesco, es decir: la ficción, la fantasía.

Pero sin cierto elemento de "novelación" no puede decirse que la obra de que se trate sea una verdadera utopía, en el sentido técnico del término.

(Ibid.,275)

El carácter novelesco o ficticio se subraya al presentar la utopía como "un juego infantil" (NTL,340), "un crepúsculo de verdad y mentira siempre fecundo" (TD,276), "una figuración", "un espejismo"(NTL,341), "un sueño" (Ibid.,340); pero es "el sueño de una humanidad

mejor" (Ibid.,339), de una "tierra imaginada" (Ibid.,337), de "una sociedad perfecta" (NTL,338), con lo que se expresa otro elemento propio de la utopía: la representación de un mundo ideal posible, en contraposición a un mundo real existente:

Hay un instante y corresponde singularmente a las épocas de transición brusca en que el poeta se adelanta al jurista e imagina, a lo novelesco, una sociedad perfeccionada, mejor que la actual; una sociedad teórica, soñada, donde los conflictos del trato entre los hombres hallan plácida solución; ... aquello en suma que, con estilo de historiador literario, llamamos Utopía o República Perfecta. (NTL,338)

Al espacio real se opone un espacio ideal: la sociedad perfecta, la ciudad teórica, la solución pacífica de los conflictos humanos; a la imagen del mundo presente, la contraimagen de otro mundo, que no está aquí sino allá:

una tierra nueva ... acaso la fascinadora y escurridiza Atlántida de Platón ...
Sólo se llegaba a ella por la temerosa senda de los naufragios. (Ibid.,381)

La narración utópica crea un espacio diferente del que tenemos, por su calidad; y, distante de él, por su situación geográfica. Es precisamente la distancia,

la lejanía, la que otorga al espacio su condición utópica y consagra su diferencia cualitativa. Como dice Fernando Ainsa:

El espacio se idealiza no sólo por las virtudes que pueden serle intrínsecas ... sino por el hecho mismo de estar lejos de aquí. En el caso de América la fractura topográfica y topológica que separaba al continente de Europa, permite que la distancia se convierta en alteridad lejana. La diversidad americana, la diferencia cualitativa, se consagra gracias a la separación del Océano¹.

La aspiración a un mundo ideal diferente, el anhelo por un allá, lejano, crea un abanico de matices de la utopía que va, desde las obras estrictamente ficticias, hasta las que pretenden no serlo, como las jurídicas o los programas revolucionarios:

Las utopías, figuras inspiradoras, propuestas como ejemplo a la imaginación humana (se extienden) en una escala de matices que va desde la quimera novelística hasta la carta o constitución política de los Estados modernos. (TD, 246)

La utopía es, entonces, un lugar que no existe pero que puede existir allá, en un espacio lejano; es una ciudad teórica, una sociedad perfecta, un mundo

diferente y mejor, que se proyecta en la esfera de los deseos, de los propósitos, de las buenas intenciones, de los ideales, de los sueños. Es una creación de los poetas y los humanistas, una invención de los juristas y los legisladores, un sueño de los apóstoles y los revolucionarios.

La utopía no existe -no hay tal lugar- pero ha servido de inspiración a las constituciones políticas. No pertenece al orden histórico pero se ha expresado en movimientos históricos como la revolución francesa. No es un lugar geográfico pero ha inflamado la expansión de la geografía. No es de este mundo pero ha alentado a los constructores de una tierra nueva, aquí, en este mundo.

1.1.1 Origen de la utopía

La fuente de la utopía, como género literario, es la literatura clásica:

La corriente utópica para la literatura occidental arranca de las descripciones de tierras o edades imaginarias en Homero, Hesodio, Alcmán, Esquilo.

(TD,276)

El origen clásico del género utópico no se encuentra

únicamente en las obras propiamente literarias sino también en aquellas que presumen de realistas, como la historia o la geografía. Reyes observa que en estas obras se da un singular fenómeno de "refracción"². Como el rayo de luz, al contacto con el agua, cambia de dirección y se ve oblicuo; así la historia y la geografía -al contacto con la imaginación- cambian su dirección: del sentido real e histórico pasan al ficticio e ideal.

La utopía, como obra literaria que pretende divertir con la recreación de un mundo imaginario, nace de la función poética por excelencia, que no es otra que la facultad, propia del espíritu, de hacerse ilusiones y recrearse con ellas; de soñar e imagina y gozar con los sueños e imaginaciones.

Como propuesta de un mundo mejor, la utopía brota de la insatisfacción del hombre con la realidad que vive. Su fuente es, entonces,

cierta sublevación, cierto disgusto contra lo que nos rodea, unido al propósito de mejorarlo.
... cierta fe en las cosas abstractas; en lo que, prácticamente hablando, todavía no existe. (UT,81)

De la insatisfacción surge la crítica social, política o religiosa; y la propuesta de un modelo alternativo.

Ante la imposibilidad de transformar la realidad presente, por ser una tarea ardua y dolorosa, se busca la evasión, real o imaginaria. Se huye del aquí y el ahora hacia otra parte donde pueda construirse una nueva realidad, de acuerdo al modelo propuesto. Esto sucede especialmente en los momentos de grandes convulsiones sociales:

Hay un instante y corresponde singularmente a las épocas de transición brusca en que el poeta se adelanta al jurista e imagina, a lo novelesco, una sociedad perfeccionada, mejor que la actual; (NTL,338)

Por esta razón, cuando la humanidad se ha visto sorprendida por el descubrimiento de nuevos espacios geográficos, como sucedió en la edad antigua con las conquistas de Alejandro Magno, o en la moderna con la aparición de América, se creó un ambiente favorable al surgimiento de las utopías.

1.1.2 Utopías retrospectivas y de anticipación

Dos clases de utopía distingue don Alfonso: las "retrospectivas" y las "de anticipación": las que miran al pasado y las que avizoran el futuro; las que se envuelven

en el recuerdo y las que se abren a la esperanza; las que añoran un paraíso y las que exploran un cielo, así sea un cielo terrestres.

Nuestra existencia transcurre entre dos utopías, dos espejismos, dos figuraciones de la ciudad feliz, la que no se encuentra en parte alguna. Hay, pues, utopías retrospectivas y utopías de anticipación. (NTL, 341)

Esta clasificación de la utopía es una respuesta a la inclinación que tenemos a mantener el equilibrio entre la nostalgia y la esperanza; a la necesidad humana de pensar que procedemos de un origen considerado perfecto, como el paraíso o la edad de oro, y que caminamos hacia una era mejor donde ese pasado perfecto nos será restituido, ya sea la tierra prometida, el reino de Dios, o una sociedad justa e igualitaria. Se idealiza el pasado pensando que de él se ha derivado la historia como una decadencia:

Cuando examinamos las vicisitudes de la familia humana como grupo animal, nos inclinamos, tomando el ejemplo algo candorosamente interpretado de las sociedades de hormigas o de abejas, a suponer que nuestra historia deriva de una decadencia o descenso; que en el origen era el bien; que hemos pervertido la naturaleza;

(Ibid., 341)

Cuando el aquí y el ahora, el espacio que nos rodea y el tiempo presente, nos producen insatisfacción y pretendemos escapar hacia un pasado nostálgico, o hacia un futuro lleno de esperanzas, hemos entrado en el campo de la utopía.

1.1.3 Rasgos de la utopía

Las narraciones utópicas muestran algunos rasgos característicos que con frecuencia se repiten, a saber: criticismo, tendencia pedagógica, insularismo e inclinación socialista.

Criticismo. Las utopías, al presentar una contraimagen ideal de la sociedad actual, generalmente critican el orden establecido. Con frecuencia, más que presentarnos una descripción de como será el mundo anhelado, nos ofrecen un cuadro de cómo no debe ser el mundo conocido.

La crítica asumen en ocasiones la forma de sátira: ridiculizan el orden existente, exaltan irónicamente aquello mismo que denigran, fingen hablar en broma, cuando en realidad lo hacen en serio. La utopía se convierte entonces en "una utopía al revés" (NTL, 353), pues aparece la virtud como obstáculo al progreso material e intelectual, y el vicio como fuente del bien público. En la Fábula

de las abejas, de Bernard de Mandeville, una república de abejas cae en la mayor apatía y parálisis, porque las abejas se contagian de la sobriedad y la honradez:

La Fábula de Mandeville podrá ser también una prueba por reducción al absurdo de los males que emponzoñan la sociedad actual, porque una sociedad que no resiste a la virtud tiene que estar errada. (NTL,385)

Tendencia pedagógica. Las utopías pretenden, implícita o explícitamente, difundir doctrinas y enseñanzas; o se empeñan en iniciar de nuevo el conocimiento, partiendo desde el cero, como en el Robinson Crusoe, de Daniel Defoe:

"Robinson" ha de rehacer otra vez, en lo posible, la existencia civilizada, desde el fondo de su soledad y con ayuda de sus dos manos, providencia del "pulgar oponible". Los pocos instrumentos que el naufragio quiso perdonar cobran, según van apareciendo, un valor de auténticos talismanes. (Ibid.,357)

Insularismo. Los espacios utópicos aparecen muy frecuentemente como islas, tierras rodeadas de océano, que las aguas protegen e incomunican:

"Islas" llama Platón a sus regiones atlánticas desaparecidas; isla es la posada utópica en que Calipso ofrece al fatigado Odiseo el olvido y el amoroso descanso; isla es la de San Balandrán, antecedente de los Pinguinos; islas son las tierras buscadas o temidas por los traficantes durante la era de los grandes descubrimientos.

(NTL,351)

Sin embargo, el nombre de islas, en el género utópico, más que un concepto geográfico, es una ficción con la que se pretende preservar a una comunidad de la corrupción externa:

Tierras "aisladas", solas, sin comunicación ni contaminación con el resto del mundo.

(Ibid.,352)

El término de islas designa un mundo autosuficiente, un microcosmos, cerrado al intercambio y a la interdependencia.

Inclinación socialista. Las utopías, aun las más antiguas, muestran preferencia por organizar las sociedades de acuerdo a un modelo socialista:

Las utopías, desde sus orígenes, se inclinan al Socialismo. Al aparecer en el siglo XIX, la idea socialista clara y despejada, no nos sorprenderá que sus primeros expositores hayan asumido el aire de utopistas, y hasta veremos que muy pronto se les llama "utopistas" en los tratados.

(Ibid.,380)

La inclinación al socialismo se expresa en la propuesta de reclamos que, más tarde, serán los preferidos de los socialistas: abolición de la propiedad privada, supresión de la herencia, restricción del lujo, igualdad de los ciudadanos.

1.2 Algunas narraciones utópicas

Una vez expuesto el pensamiento de Reyes sobre la utopía en general, conviene considerar algunas narraciones específicas del género utópico, como la de Platón. La utopía platónica es importante porque ha servido de modelo e inspiración a muchas otras³, tal es el caso de la Utopía de Tomás Moro y de la Oceana, de James Harrington. Los modelos de sociedad propuestos por estos autores se intentaron aplicar, no sin éxito, en América

campo que siempre pareció propicio a los renacentistas para nuevos ensayos en busca de una sociedad feliz. (UT,98)

1.2.1 La utopía de Platón

El sistema político de Platón⁴ -su utopía- se encuentra expuesto teóricamente en La república y en Las leyes. La narración de la Atlántida, recogida en los diálogos

Critias y Timeo, es la aplicación práctica y dinámica del estado ideal propuesto por el filósofo.

Platón establece un paralelismo entre el individuo y el estado, entre la moral personal y la política, pues la política es al estado lo que la ética es al individuo. La política y la ética aspiran a la unidad. El hombre bueno es el buen ciudadano.

Dos obstáculos estorban la aspiración a la unidad: la familia y la propiedad privada. En consecuencia, ambas deben desaparecer. Los hijos serán propiedad de la república; las mujeres quedarán nacionalizadas; la procreación, tanto en su calidad como en su cantidad, deberá ser regulada por el estado. La república perfecta exige como condición el sacrificio de lo individual en aras de lo común:

Todo debiera ser común a todos -ha dicho Platón en Las Leves- hasta los ojos, hasta las orejas y las manos. (NTL, 359)

Todo esto requiere de una suerte de comunismo totalitario.

Los grupos sociales de la república corresponden a las tres zonas del individuo:

Los magistrados son la cabeza y la razón; los guerreros, el corazón y la fuerza; los artesanos y labriegos, los brazos que proveen a los impulsos del apetito y las necesidades físicas.

(Ibid., 360)

El comunismo de Platón sólo corresponde a los dos primeros grupos; excluye a los artesanos y labradores y, por supuesto, a los esclavos. Es pues un comunismo aristocrático.

En Las leyes, después de la experiencia desafortunada de Siracusa, Platón propone un plan menos ambicioso, más flexible: una república agraria, en la que el estado conserva el dominio de la propiedad territorial, pero su uso es equitativamente repartido entre los ciudadanos. El estado es el dueño de la tierra, pero los ciudadanos la trabajan y explotan. El comunismo platónico abarca a todos los habitantes de la ciudad, pero sigue excluyendo a los esclavos, los verdaderos trabajadores del campo.

La Atlántida. La teoría política de Platón se demuestra, en forma novelesca, con la narración de La Atlántida. Esta era una gran isla situada en el océano, más allá de las Columnas de Hércules. En esa isla, Poseidón, dios del mar, había levantado con la ayuda de sus diez hijos un imperio, cuya hegemonía se extendía muy adentro de las tierras mediterráneas. Por la urbanización de sus ciudades, por la justicia de su organización social y por el desarrollo de su agricultura e industria, la Atlántida era un gran centro de civilización. Sin embargo, degenera en un imperialismo militar al pretender conquistar el Mediterráneo.

La Atenas prehistórica, olvidada ya por los contemporáneos de Platón, detiene el avance imperialista de la Atlántida con la protección de Zeus. Sobreviene una gran convulsión de la tierra y la Atlántida desaparece tragada por el mar.

Alfonso Reyes considera que el relato de Platón es una novela geográfica y política, cuyos héroes son seres colectivos: naciones, islas, continentes, mares. Dice don Alfonso que Platón

para hacerse entender respecto a su sistema político, se adelanta un día a su tiempo y escribió una novela, una de las grandes novelas de la humanidad: la Atlántida, historia de una tierra desaparecida bajo las aguas en un cataclismo geológico. (JS,417)

Platón se adelanta seis siglos a la aparición del género novelesco. Eso explica la dificultad de entender su narración como una novela; y el interés, a pesar de su declarada intención ficticia, de investigar sus elementos reales. Inútilmente se buscará durante siglos la ubicación geográfica de la Atlántida.

Nos ocuparemos a continuación de dos utopías inspiradas en la narración platónica, porque tuvieron gran influencia en América. Se trata de la Oceana de Harrington y de la Utopía, de Tomás Moro.

1.2.2 La utopía de Harrington

La Oceana de James Harrington es para Reyes "una cuasi novela -entre histórica y caprichosa- sobre el arte de gobierno" (NTL,369).

Dos conceptos sirven de fundamento a la Oceana: la propiedad, singularmente la propiedad de la tierra, es un elemento social del estado. En consecuencia, propone una ley agraria que limite la propiedad territorial, no en cuanto a su extensión sino al rendimiento de las parcelas. El segundo concepto fundamental de Harrington se refiere a la rotación de los hombres que ocupan el poder ejecutivo. Este no puede radicar indefinidamente en las mismas personas:

El Senado o poder ejecutivo de la Oceana mudará anualmente por tercias partes, y ningún senador podrá ser reelecto para el período inmediato.

(Ibid.,370)

La Oceana influye visiblemente en el pensamiento político de América. Alfonso Reyes encuentra un resumen de los conceptos básicos de la obra de Harrington en los lemas de la Revolución Mexicana:

rapartición agrarai, sufragio efectivo y no reelección. ¡Los lemas de la Revolución Mexicana!

(Ibid.,370)

La influencia de Harrington es directa en la Unión

Americana. Escrita en el interregno del Protectorado, la Oceana muestra las huellas de las persecuciones de Cronwell; alcanza fama en la época de la Restauración, cuando ya han nacido algunas colonias de la Unión Americana; y encuentra una acogida favorable entre los fundadores de las colonias, que en muchos aspectos simpatizaban con Harrington⁵. Pero el intento de trasladar a las colonias las ideas de ese "chiflado" -como llamó Saintsbury a Harrington- fue un fracaso. Sin embargo, el fuego permaneció en rescoldos e inflamó, a su tiempo, los impulsos revolucionarios que determinaron la independencia de la Unión del Norte. El sistema de sufragio, el método de rotación del poder ejecutivo, la predominancia del régimen bicamarista, son algunos de los elementos del sistema republicano, propios de la Unión Americana, que deben su origen a la Oceana. Pocos perciben en la actualidad lo que la posteridad política debe al chiflado de Harrington; pero chiflados como ése son los que hacen la historia.

1.2.3 La Utopía de Tomás Moro

Más cercana a nosotros, por los intentos de aplicarla en Latinoamérica, es la Utopía de Moro.

La utopía es una isla "cuyos contornos afectan la forma del Creciente, y que abriga, contra viento y marea, un puerto pacífico" (NTL,363). Los isleños

viven con lo indispensable, libres de pereza y de avaricia. La jornada de trabajo dura seis horas. El castigo, cuando es necesario, se impone a tiempo y con un propósito educativo; la pena para los criminales es la esclavitud. Sólo en casos extremos se declara la guerra; la gloria militar crece en la medida en que disminuye el número de bajas enemigas.

La imaginación de Moro coincide asombrosamente con la realidad incaica, como lo hace notar el peruano Luis E. Valcárcel:

La isla de Utopía ... tiene un pronunciado aire de familia con el Perú de los incas, según se comprueba por el cúmulo de semejanzas.

(UT,365)

El pronunciado aire de familia, ¿se debe a una simple coincidencia? ¿O Tomás Moro había recibido informes sobre el imperio inca, de un explorador desconocido, llegado al Perú antes que Pizarro?⁶ Don Alfonso recoge la pregunta pero deja en el aire la respuesta.

Eco o coincidencia, lo cierto es que la Utopía, se convierte en un modelo de sociedad aplicable al Nuevo Mundo. Dos intentos notables de aplicación, son el de los Jesuitas en el Paraguay y el de don Vasco de Quiroga en tierras michoacanas.

La experiencia de los Jesuitas. El ensayo jesuita perdura desde fines del siglo XVI hasta la expulsión de la compañía de Jesús de tierras americanas, en la segunda mitad del siglo XVIII.

Los jesuitas establecieron fundaciones de pueblos, llamados "reductos", que servían de amparo a las poblaciones indígenas, obligadas a escapar de los esclavistas portugueses. En el centro del "reducto", la iglesia servía de núcleo a las habitaciones de los jesuitas, a los talleres y escuelas, a los lazaretos y almacenes de provisiones, a las huertas y casas de los indios. Luego venían las tierras de labor, las praderas, los ganados y criaderos de caballos.

Cada "reducto" albergaba a dos mil indios, dirigidos por dos jesuitas. Era una comunidad teocrática, organizada en una nueva forma, independiente de las fuerzas del poder y del dinero.

Aquel pequeño Estado utópico no poseía ni necesitaba dinero y el que se obtenía mediante la venta de artículos o cosechas a los extraños, se invertía todo, al instante, en servicio de la comunidad. (UT,96)

No es de extrañar que semejante experiencia fuera vista con desconfianza por el gobierno civil, pues la organización teocrática era un obstáculo para la economía

colonizadora; y también por la autoridad eclesiástica, que no estaba dispuesta a compartir con nadie su poder espiritual⁷.

La experiencia jesuita, incomprendible en su tiempo, lesionaba tantos intereses de quienes detentaban el poder, que finalmente desapareció tragada por la selva, como la Atlántida por el mar.

La experiencia de don Vasco de Quiroga

Don Vasco encuentra resumidas en la Utopía de Moro las ideas platónicas de La república, y la trasplanta a América. Varios escritos del obispo michoacano dan testimonio de su propósito. El Plan (1531) enviado al Consejo de Indias para su aprobación, propone la creación de poblados indígenas agrícolas bajo la tutoría de los frailes. El Parecer, perdido actualmente, manifiesta que el fundamento del Plan se encuentra en las ideas de Moro. La Información en derecho (1535) opone al infierno de las minas el paraíso agrícola. Las Ordenanzas, cuerpo de reglamentaciones, reduce a términos prácticos la utopía de Moro. Finalmente, el Testamento (1565) manda cumplir sus Ordenanzas como norma de los centros hospitalarios.

Los centros hospitalarios son el testimonio práctico del propósito de don Vasco. Sin esperar la autorización del Consejo de Indias, da inicio a la aplicación de la Utopía, empleando para ello sus propios recursos. Así funda el primer hospital de Santa Fe en la ciudad de México. Como Visitador establece el segundo, en Michoacán, el año de 1533. Y ya obispo de esa región (1537) organiza un conjunto de pueblos indígenas que cambian entre sí los productos de sus industrias.

En los centros hospitalarios, la propiedad de la tierra era común. El usufructo podía ser hereditario bajo determinadas normas, pero los fondos y raíces eran inalienables. La idea de Moro encuentra un ambiente favorable en la tradición indígena, donde desde antiguo la propiedad era comunal. El trabajo agrícola era obligatorio. Para que todos pudieran cumplir esa obligación, los pobladores de la ciudad se cambiaban, cada dos años, con los del campo. Se daba tanta importancia al oficio agrícola que el turno de vida campesina se podía prolongar de acuerdo a ciertas normas. Y cuando los labores del campo requerían más de las seis horas que duraba una jornada de trabajo, el tiempo faltante se tomaba del que estaba destinado a la doctrina.

Las familias eran numerosas y se regían por una autoridad patriarcal. El gobierno descansaba en el Ayuntamiento, constituido por el Rector, que era siempre un sacerdote español, por el Principal y los Regidores, que eran indígenas elegidos para el puesto periódicamente.

Don Vasco de Quiroga, a diferencia de Tomás Moro que era tolerante en lo religioso, se preocupa por combatir la idolatría y por consolidar la fe católica. Al igual que él, rechaza la poligamia y la comunidad platónica de mujeres. Por encima de él, combate la esclavitud, aceptada por Moro.

La experiencia de don Vasco duró largos años. Ya en el Testamento mostraba su satisfacción por los resultados obtenidos durante treinta años. En el siglo XVII aún se mantenían en pleno los centros hospitalarios. En el XIX, el recuerdo de Tata Vasco es venerado entre los indios michoacanos. En nuestro siglo se conservan todavía muchas industrias que los indígenas aprendieron del obispo que soñó una utopía y la hizo realidad en América.

1.2.4 América como utopía

El resultado más importante de la narración platónica es, con todo, la tierra misma de América. La Atlántida

ocultaba entre sus brumas mitológicas al continente que, antes de ser reconocido como distinto de Asia, "era ya un anhelo apremiante y casi una necesidad poética de las gentes"(UT,73).

La Atlántida, recordada como un sueño, completaba intelectualmente la figura de la tierra que aparecía en la geografía como una verdad desbaratada. Los poetas recogen los rasgos dispersos y con ellos recrean la figura total del planeta. Los exploradores y cartógrafos del siglo XV llevan esa imagen en sus alforjas de viaje y la señalan en sus mapas. "Cuando América sea descubierta se procurará alojar en ella la Atlántida perdida" (Ibid.,14).

Las instituciones diferentes de América, sus formas de organización insospechadas, sus sociedades primitivas y extrañas contrastan con la decadencia observada en Europa. De ese contraste brota en los filósofos del viejo mundo

cierto sentimiento de inseguridad, de escepticismo, con respecto a la estructura del mundo, tal como las Escrituras lo describen, construcción que de pronto pudo parecer arruinada. (NLT,382)

Pero al mismo tiempo nace la esperanza de crear nuevas formas de organización y de soñar con la posibilidad de una humanidad feliz.

¡Qué radiante promesa, el Nuevo mundo, para todos los descontentos y los reformadores! Mientras los mercaderes procuran sus lucros, los apóstoles religiosos emprendían su obra de redención y legiones de soñadores se movilizaban hacia la esperanza. (UT,60)

América es descubierta, creada, inventada por los utopistas, los soñadores de esperanza:

América, puede decirse sin violencia, fue querida y descubierta (casi "inventada") como campo de operaciones para el desborde de los altos ímpetus quiméricos. (Ibid.,60)

Alfonso Reyes se adelanta a O'Gorman, al hablar de América como una invención⁸.

El descontento y la reforma son la base de los sueños. La insatisfacción y la propuesta de un modelo alternativo son la base de la utopía. Entre los descontentos, los que tenían sed en el cuerpo, los que necesitaban casas de oro para satisfacer su ansia de lucro; entre los reformadores, los que tenían sed en el alma, los que necesitaban conciencias libres donde sembrar su obra de redención. Pero, ¿esa división es tajante? ¿No hay en ambos casos una mezcla de motivaciones? ¿No nacen los sueños -y las utopías- de la insatisfacción y simultáneamente, de la esperanza?

Al aparecer América, los europeos "se dieron a soñar -cada uno según su capacidad ética- en ser mejores". (UT,81)

Sus sueños no se desbarataron en sueños sino que persiguieron conquistas reales:

Todos los utopistas están hechos de la misma sustancia. Sus sueños no se deshacen necesariamente en sueños. A lo largo de las utopías se extiende el camino de las conquistas reales. (NTL,380)

La utopía y su aplicación en América manan de idéntica fuente: el deseo de poner distancia entre el espacio real y el espacio anhelado, entre el lugar de residencia y el lugar de una vida nueva. Huyendo de su lugar de origen, los europeos arriban a la tierra soñada, para encontrarla ocupada ya por alguien diferente y extraño: el nativo. El encuentro con él provoca una tensión cultural que se resuelve en un proceso paralelo: la exaltación del espacio y la negación del "otro", como si aquel fuera un cielo y éste un infierno.

La negación del "otro" se lleva a cabo por medio de la supresión, la marginación, o la conversión del nativo y de su cultura. Aparecen entonces los conquistadores y los conquistados. Las culturas dominantes y las dominadas.

NOTAS DEL CAPITULO PRIMERO

1 Ainsa, Fernando, "la alteridad lejana como utopia en el mito de la Tierra Prometida" en Cuadernos americanos. Nueva época 10. México, UNAM, 1988. (Año II, vol.4, Julio-Agosto de 1988) p. 59

2 James Willis Robb estudia el modo científico, propio del estilo de Reyes. "La actitud científica facilita al poeta otra perspectiva metafórica", cfr. Robb, James Willis. El estilo de Alfonso Reyes. 2a. ed. México, FCE, 1978. p.117

3 Del modelo original de Platón se han derivado otras narraciones utópicas: Utopía (1515-1516) de Tomás Moro; La ciudad del sol (1620) de Campanella; La nueva Atlántida (1686) de Bacon; y la Oceana (1656) de Harrington.

4 Las ideas de Reyes sobre la utopía platónica se encuentran principalmente en Junta de Sombras, O.C., XVII, pp.217-421; Los trabajos y los días, O.C., IX, pp.274-277; y Ultima Tule, O.C., XI, pp.344-347

5 Reyes dice que muchos fundadores de las colonias americanas habían respirado los mismos aires de Harrington, pues estudiaron en la misma universidad, tuvieron las mismas lecturas y visitaron los mismos países. Cfr. Reyes, No hay tal lugar, O.C., XI, p.370

6 —"Pero téngase en cuenta —dice don Luis E. Valcárcel— que el Perú aún no había sido descubierto por el lado del Pacífico, lo cual no quita que se supiese desde los primeros años del siglo XVI su existencia utópica [..] Ni se puede cerrar toda posibilidad a alguna ignorada empresa que hubiera recorrido el velo del Perú ya no por occidente sino por levante". Apud Reyes, Ultima Tule, O.C., XI, p.365

7 Zweig afirma que los jesuitas "precisamente por no pretender una cosa visible sino la imposición de un principio espiritual, idealista, y por los mismo incomprendible para las tendencias de la época, encontraron desde los comienzos una resistencia continua, a la cual, por último, debían sucumbir, expulsados del país en el que dejaron, a pesar de todo, la semilla!" Zweig, S. Brasil, Bs. Aires, Espasa Calpe, 1942, p. 37. Apud Reyes, Ultima Tule p:97

8 O'Gorman, E. La invención de América, México, FCE, 1984 (Lecturas mexicanas, 63)

EL HECHO DE AMERICA

Quinientos años después de la fecha en que Colón llega a tierras americanas, la empresa del genovés es considerada de forma diversa por los autores, como lo demuestra la variedad de nombres con que ha sido bautizada su obra: descubrimiento o encubrimiento, invención o invasión, hallazgo o tropezón, encuentro o mutuo descubrimiento.

No se desconoce el valor de hazaña que tienen los viajes de Colón, pero sus consecuencias son consideradas desde puntos de vista diferentes. Se trata de un hecho histórico que cambió la historia universal. Para unos significa el inicio de la conquista y, con ello, el de la colonización no sólo de América sino también de Asia y de Africa. Para otros es la creación de un mundo utópico que marca el principio de los diferentes movimientos libertarios de América y del mundo. En esta línea debemos colocar a Alfonso Reyes, pues considera a América como la realización de la utopía, como una creación de los poetas, como el lugar donde edificar

una justicia más igual, una libertad mejor entendida, una felicidad más completa.

(UT, 58)

Para Reyes, el descubrimiento de América es el mejor fruto de las narraciones utópicas. Buscando los países

míticos, los aventureros llegan a América; buscando El Dorado o la fuente de eterna juventud, la exploran y ensanchan.

A la pregunta ¿dónde está el paraíso? -que es preguntar por la suprema utopía-, el espíritu responde plus ultra; la poesía inventa continentes; y la historia, sirviéndose de Colón y de España, descubre América.

2.1 El descubrimiento de América

El descubrimiento de América se sitúa dentro de un proceso universal, en el que el hombre se ha ido acercando al conocimiento de la forma completa de la tierra.

Sin duda, el primer paso hacia América es la meditación sobre aquella marcha inspirada y titubeante con que el hombre se acercaba a la configuración cabal del planeta. (UT, 11)

Esa marcha -inspirada y titubeante- se inicia en la cuenca del Mediterráneo, avanza a medida que la atención geográfica extiende sus ejes hacia el Atlántico y culmina en el reconocimiento de un mundo nuevo, diferente de Asia, Africa y Europa. El descubrimiento de América no puede reducirse a un momento -el 12 de Octubre de 1492-, ni a un solo hombre -Cristobal Colón-.

Junto a este Héroe hay varios Discretos [...]
El cartógrafo Juan de la Cosa, el narrador
Américo Vespuccio, los armadores Pinzones.
Todos ellos representan la garantía del éxito,
la posibilidad de la empresa, la rectificación

simpática y oportuna, o la expresión que haría asimilable a los hombres la intuición del descubrimiento, ya como hecho o ya como mera figuración literaria. (UT,46)

El significado que tiene en el orden geográfico el proceso de la configuración cabal del planeta es, para Reyes, un reflejo de lo que ha significado en el orden espiritual.

2.2 Los impulsos del descubrimiento

La aparición de América fue determinada por impulsos prácticos y terrenos; y por impulsos fantásticos e ideales. Entre los primeros destaca el imperativo económico: desde la necesidad de encontrar un nuevo camino para el comercio con Oriente, cerrado el antiguo por el imperio turco, hasta

la exasperación de las cocinas reales, privadas de las gustosas especias, pues la culinaria medieval, a la vez que estaba hecha para contentar a los ojos, adormecía el paladar con el abuso de aromas. Y de todo ello resultó -véase la trabazón de la historia- el descubrimiento de la ruta de la Buena Esperanza y el descubrimiento del Nuevo Mundo. (UT, 30)

Entre los impulsos fantásticos e ideales hay que tomar en cuenta las aventuras de los "colones desconocidos", el "misticismo geográfico" y la fábula, ciencia e inspiración de los humanistas.

2.2.1 Los "colonos desconocidos"

Alfonso Reyes llama "colonos desconocidos" a aquellos viajeros que, supuestamente, llegaron a tierras americanas antes que Colón, siguiendo las corrientes oceánicas -camino que andan en el mar- ya sea del Pacífico o del Atlántico. Sin confundir la noción del descubrimiento propiamente tal con la cuestión de los orígenes americanos, considera que la comunicación entre Asia y América por medio del Pacífico, no pasa de ser un cuento folklórico; y que el parecido entre algunas obras de arte de ambos continentes se explica por la analogía de las reacciones humanas ante condiciones externas semejantes. En cuanto a la presencia de los escandinavos, llegados al norte del continente por la ruta del Atlántico, sus huellas desaparecen entre las nieblas de la épica septentrional, abandonando el campo de la historia.

Aquí se mezclan los episodios dramáticos y novelescos que ya no merecen confianza para la historia. (UT, 24)

Aun cuando las aventuras de los "colonos desconocidos" no puedan ser comprobadas históricamente, son importantes pues tuvieron la capacidad de desatar la fantasía y despertar la audacia aventurera de posteriores viajeros:

¿Quién nos dice que, entre los europeos que visitaron el Asia, algunos no hayan escuchado relatos capaces de levantar la duda sobre la existencia de otros mundos probables?

(UT, 18)

2.2.2 El "Misticismo geográfico"

Alfonso Reyes habla del "misticismo geográfico" en un sentido desacralizado, con lo que significa esa misteriosa atracción que, sin importar la época, ha ejercido en la curiosidad humana la lejanía de tierras desconocidas, en especial si se sitúan en la ruta del sol.

La idea de que al occidente quedaba cierta región por descubrir ... viene desde los más remotos documentos egipcios y ahonda sus raíces antropológicas en el misticismo del crepúsculo vespertino. (UT,12)

Las tierras desconocidas -Ofir, Catay, Atlántida, Cipango, Antilla-, islas fascinadoras, edénicas o infernales, son buscadas o cautelosamente rehuidas por pueblos marinos. En las cartas de marear de los siglos XIV y XV aparecen como "lunares de tantación" (Ibid.,18) y son

causa de naufragios, viajes desatentados, encuentros casuales, preocupación y murmuración de la gente. (Ibid.,18)

2.2.3 Los humanistas

La curiosidad hizo de los humanistas hombres universales, atentos a recoger toda información proveniente de la cultura clásica o de la inquietud general por los viajes y los descubrimientos, propia de su tiempo. Cultivaron principalmente

la literatura y el arte, pero también los estudios geográficos. Junto a la efervescencia literaria coexistía una intensa preparación científica que, sin embargo, todavía caminaba a tientas entre la superstición y la ciencia.

Los tiempos no estaban para más. Todavía imperaba la magia; la astrología floreciente en las cortes de los príncipes, se enseñaba en las universidades; y aun los humanistas, mientras por una parte preparaban la ciencia del porvenir, por otra pagaban tributo a las supersticiones corrientes. (UT, 25)

Los estudios y traducciones de la antigüedad clásica -Platón y Teopompo, Plutarco y Aristóteles, Tolomeo y Estrabón- resucitan la idea de la Atlántida, tierra desaparecida

que se dilataba sobre ensanches mayores que el Asia y el Africa entonces conocidas. (Ibid., 28)

Los viajes de misioneros cristianos, a partir del siglo XIII, dan a conocer al Asia Central y Occidental¹. Su finalidad era religiosa, pero contribuyeron con no pequeñas aportaciones al conocimiento de la geografía. Los viajes comerciales, por su parte, recorren al Asia longitudinalmente, costeando el occidente de Africa y exploran el Atlántico septentrional. Se habla de viajes fabulosos en busca de las tierras del Preste Juan.

Los humanistas son viajeros sólo de sus libros, pero a su lado aparecía un "humanismo militante": viajeros no

humanistas por profesión que parecían moverse bajo las instrucciones expresas de los primeros.

La acción se había puesto al servicio de la inteligencia en el más profundo y armonioso sentido. Soñando con descubrir las bienhadadas islas utópicas, aquellos hombres iban realizando de paso una maravillosa utopía, a la que volvemos los ojos con arrobamiento.

(UT, 29)

La idea de que en el otro hemisferio y más allá de las Columnas de Hércules, existía una nueva parte del mundo, habitada como la antigua, se iba convirtiendo en una opinión general dentro de la cultura humanística.

2.3 Antecedentes cosmoográficos

La cosmografía, al final de la Edad Media, se reducía a tres puntos: en primer lugar, la esfericidad de la tierra. Esta noción, imaginada más que comprobada por la antigüedad, llega a la Europa Medieval por medio de los árabes y se va imponiendo sobre la autoridad de algunos teólogos que la negaban, ya por sistemática oposición a todo lo nuevo, ya por considerarla incompatible con la Biblia.

En segundo lugar, la existencia de las tierras antípodas. Se discutía si estaban habitadas o no. El asunto que no inquietó a los antiguos, suscitaba en cambio varios problemas para los cristianos. Si estaban habitadas, ¿cómo salvar la unidad del género humano y, en consecuencia, la universalidad de la salvación de Cristo?

Finalmente, la navegabilidad del océano. Se sostenía entonces que las mismas aguas bañaban los litorales de Asia y las costas de España. La discusión se centraba en la dimensión posible de ese mar funesto.

2.4 Cristobal Colón

En ese ambiente cargado de posibilidades, donde todo parece factible, emerge la figura contradictoria de Cristobal Colón: el inspirado sin mancha, el sabio incomprendido y perseguido; o el truhán atrevido que vaga de corte en corte con una impostura a cuestas que resultó finalmente una realidad impensada. ¿Qué había en la mente de ese italiano que vivía entre portugueses, "valiente nidada de todos los ensueños geográficos" (UT, 33) ?

Noticias de aventureros que navegaban como mercaderes, -no como descubridores- a quienes poco importaba la gloria científica y sí, en cambio, guardar el secreto de sus posibles ganancias. Lecturas, de primera o de segunda mano, del Millione de Marco Polo, de la Historia rerum de Pio II, de la Imago mundi de Pierre d'Ailly, de Bestiarios medievales y de autores de la antigüedad clásica.

Noticias y lecturas que llenaban su imaginación de ciudades de mármol, oro, plata y piedras preciosas, reflejadas en ríos majestuosos; de grifos, dragones, basiliscos, unicornios, serpientes policéfalas, tarascas y quimeras; de

buenos salvajes, cubiertos de largos cabellos; de pigmeos gigantes; de macrobios con cuerpo de león y garras de águila; de seres con un solo pie que les servía de sombrilla al acostarse; de hombres acéfalos y de hombres con ojos en la nuca; de cíclopes; de amazonas.²

2.4.1 El proyecto de Colón

Se discute cuál era el proyecto de Cristobal Colón al emprender su viaje en 1492.³ ¿Era el proyecto asiático o el americano? El proyecto asiático consiste en descubrir un nuevo camino por el occidente hacia las Indias. El proyecto americano, en descubrir una tierra nueva: el Orbis alterius en oposición al Orbis terrarum, pues se consideraba que Asia, Africa y Europa formaban una unidad continental -la isla de la tierra, rodeada por el tenebroso océano-.

Algunos autores sostienen que la intención de Colón era llegar a las Indias y que solamente por casualidad tropezó con un nuevo continente. Otros afirman que su intención principal era descubrir un continente nuevo, pero que la mantenía en secreto para no arriesgar el éxito de su empresa.

Pretenden algunos que este primitivo proyecto ni siquiera consistía en abrir una nueva ruta hacia Oriente por el Occidente. Sino que, fundado en copiosas informaciones que heredó de su suegro, en dichos de marineros viejos, cartas hoy perdidas, memorias de naufragios y, en suma, cálculos más o menos seguros que andaban mezclados con el folklore marítimo, Colón pretendía buscar

nada menos que una tierra nueva, la Antilia de las narraciones fabulosas, aunque se guardaba bien de nombrarla para no ahuyentar a la gente, o para no entregar su secreto.

(UT, 34)

Don Alfonso Reyes expone sin juzgarla la segunda hipótesis. Según esto, Colón no contaba con más apoyo que el del armador Martín Alonso Pinzón, que le aconsejó no hablara más de nuevas tierras y que insistiera en la nueva ruta para el Asia, si quería reclutar gente para su empresa y no perder su valimiento en la corte. Como transacción prudente, Colón se hizo dar credenciales para el Gran Can, pero al mismo tiempo el nombramiento de Virrey de las nuevas tierras que aparecieran.

2.4.2 Los viajes exploratorios

Cristobal Colón y Martín Alonso Pinzón se hacen a la mar con deferentes propósitos. El genovés pretendía llegar a la Antilia, Pinzón a Cipango. A 750 leguas de las Canarias, no habiendo encontrado tierras, deciden cambiar el rumbo: dejan el paralelo 28 y doblan un poco al sudeste. Sólo entonces, al no aparecer la Antilia, Colón abraza la única alternativa posible que era buscar la isla de Cipango. Cuando, finalmente arriban a una isla habitada -San Salvador-, el Almirante piensa que ha llegado al archipiélago, a cuyas espaldas estaban las costas de Asia. Se realiza así lo que

Reyes llama un doble engaño, pues, por una parte, Colón dice buscar una ruta nueva hacia las Indias, pero en realidad pretende buscar nuevas tierra; y, por otra parte, halla nuevas tierras, pero piensa que ha descubierto el nuevo camino hacia el oriente.

Nada hay más seductor que este doble engaño, joya de dos facetas: o Colón descubrió por casualidad un nuevo mundo, o, condenado por desconfiado, murió en el equívoco y casi queriendo dar disculpas del mismo éxito que se prometía. (UT, 35)

Si Colón pensaba que había alcanzado las costas de Asia debía probarlo. La prueba consistía en encontrar el sitio donde mezclaban sus aguas el Atlántico y el Indico, el paso marítimo que Marco Polo había empleado en su regreso a Europa, el lugar donde terminaba el Quersoneso aureo, el extremo sur de las costas orientales de Asia.⁴

Encontrar ese paso marítimo será el propósito de los siguientes tres viajes de Colón. En ellos se va acentuando lo que Reyes llama, en un sentido desacralizado, una transposición mística, donde "las visiones fabulosas ocupan el lugar de las realidades" (UT, 43).

El 25 de septiembre de 1493, Colón zarpa de Cádiz para emprender su segundo viaje oceánico. Explora la costa meridional de Cuba que, modificando su dirección hacia el poniente, se desvía hacia el sur. Cuba -pensaba el Almirante- era parte de la tierra firme de Asia y esa desviación hacia

el sur marcaba el inicio de la costa atlántica del Quersoneso aureo. En consecuencia, el navegante creía que la costa explorada era la del sur de China. La transposición mística no está ausente en este viaje: en las islas exploradas del Caribe, Colón cree ver la tierra de Polifemos y Lestrigones; y en la Hispaniola, la tierra de Ofir, de donde provenían las riquezas del rey Salomón.

El tercer viaje "obra de un poseído" (UT,44), se inicia el 30 de Mayo de 1498 en Sanlúcar de Barrameda. El Almirante descubre la isla de Trinidad y el golfo de Paria en Venezuela, donde encuentra que el agua del golfo es dulce. Este hecho extraño sólo podía explicarse por la existencia de uno o varios ríos caudalosos, lo que hacía suponer una enorme extensión de tierra, acaso un continente.

El descubrimiento despierta varias dudas en la mente del genovés. La isla de Trinidad -piensa- forma parte de un archipiélago adyacente al extremo sur del Orbis terrarum y vecino a las costas del Quersoneso aureo. Pero esa enorme extensión de tierra, bañada por las aguas dulces del golfo de Paria, ¿qué relación guarda con el Orbis terrarum?
 ¡Una enorme extensión de tierra en el hemisferio sur!
 ¿No debería estar cubierta por el oceano? Los conocimientos geográficos de la época se derrumbaban. Y se derrumbaban también los conocimientos teológicos contemporáneos. Y lo que el mismo Colón pensaba de sus hallazgos.

Si esa enorme extensión de tierra era continuación de

Cuba, quedaba a salvo la unidad geográfica de la tierra y la unidad del género humano; pero se venía al suelo la idea de haber alcanzado el Quersoneso aureo. Duende travieso, el paso de Marco Polo huía de la quilla de Colón, esquivándolo de isla en isla. Si esa enorme extensión de tierra no era continuación de Cuba, debía ser entonces el Orbis alterius, distinto de la isla de la tierra, del que ya habían hablado los antiguos y cuya existencia habían admitido algunos teólogos, aunque negando que estuviera habitado. Era la tierra de los antípodas. Pero entonces, ¿cómo salvar la unidad del género humano y la salvación universal de Cristo? ¿Y cómo salvar la afirmación de Colón de que había llegado a las costas de Asia? La realidad está frente a Colón, pero la transposición mística roba al genovés la conciencia de su descubrimiento.

En el tercer viaje -"obra de un poseído" se ha llamado a este relato- Colón busca ya la Conchinchina, el Quersoneso Aureo, Malaca, la Trapobana; y al dar con las bocas del Orinoco, declara su firme creencia de que anda en las cercanías del Paraíso, que sólo una enfermedad inoportuna le impide alcanzar. (UT,44)

El propósito de Colón en su cuarto viaje (Mayo de 1502- Noviembre de 1504) consistía en encontrar el paso al océano Indico que debería estar al norte del golfo de Paria. Embarcado en la isla de Ferro -en las Canarias- arriba a la Española, de donde parte hacia Honduras. Costeando hacia el

oriente, toca un cabo donde el litoral se desvía hacia el sur. Lo llamó "Cabo Gracias a Dios", porque pensó que finalmente, navegando en dirección al sur, podía encontrar el paso al océano Indico. Al no encontrarlo, modifica la opinión que se había formado en el tercer viaje: la tierra continental austral no es independiente de Asia, sino una península adicional. La conciencia de haber descubierto un nuevo mundo escapa en forma definitiva de la mente de Colón⁵ y, al parecer, también su cordura.

En el cuarto viaje habla ya como un visionario, como un alucinado. Arrebata los mapas a su gente para que nadie sepa a donde rumbea. La idea de una misión divina comienza a mezclarse con la quimera geográfica. [.] Ya este gran descubridor de tierras se nos está yendo de la tierra.
(UT, 44)

2.4.3 Américo Vespucio

Paralelamente al cuarto viaje de Colón, Américo Vespucio emprende una travesía auspiciada por Portugal y por ese motivo conocida como el viaje portugués de Américo (Mayo de 1501-Septiembre de 1504). El propósito del viaje es también encontrar el paso al océano Indico, penetrando por la parte más meridional de Asia. Américo zarpa de Lisboa; explora las costas del Brasil, desde San Roque en dirección al sur; pasa por la bahía de Todos Santos hasta la desembo-

cadura del Plata; ahí tuerce rumbo y encuentra una tierra antártica no identificada, de donde regresa al Africa.

El propósito del viaje de Américo es un fracaso, como lo fue el de Cristobal Colón, pero los resultados son diferentes: mientras Colón se aferra al error de haber alcanzado Asia, Américo advierte que esas tierras no pueden ser asiáticas.

Este viaje acabó de convencer a Vespucio de que las nuevas tierras no podían ser asiáticas, y fue entonces cuando concibió el proyecto de pasar al Asia por el Sur del Nuevo Continente.
(UT, 53)

Veinte años antes de Magallanes, Américo Vespucio concibe el plan de circunnavegar el globo.

Mientras las Lettere rarissime, que narran el cuarto viaje de Colón son extrañas pues la fábula se interpone a la realidad, los relatos de Américo poseen interés y encanto literario. Los eruditos de Saint Dié los publican en la Cosmographiae introductio, logrando éxito porque las tierras recién halladas aparecen por vez primera como un nuevo continente.

Corrió con fortuna, porque difundía las noticias sobre una tierra firme distinta de la que Colón había hecho conocer. Colón, en efecto, había recorrido las Antillas, dando por establecido, bajo juramento, que su isla Juana (Cuba) era Tierra Firme, y en cambio no había llegado a la concepción continental de la Tierra Firme que realmente alcanzó.
(UT, 56)

Los mismos sabios de Saint Dié bautizan la nueva tierra con el nombre de América, en honor del hombre que la dio a conocer. Y el nombre se fue imponiendo poco a poco, gracias al interés y encanto literario de los relatos de Américo Vespucio.

Los hombres de letras tienen motivo para enorgullecerse de este éxito, que en mucho se debe a la fuerza artística, al poder de difusión de unas narraciones bien contadas. (UT, 57)

Al considerar el cuarto viaje de Colón conjuntamente con el viaje portugués de Vespucio, se comprende mejor el descubrimiento de América como un proceso, encuadrado en la marcha universal hacia el conocimiento de la configuración cabal del planeta; y no reducido a la acción individual de un hombre, o a un hecho histórico aislado.

El trabajo estuvo bien compartido: unos soñaron el Nuevo Mundo, otros dieron con él, otros lo recorrieron y trazaron, otros lo bautizaron... (Ibid. 57)

Se entiende mejor también la relación entre esos dos italianos a quienes una falsa interpretación quiere hacer rivales. Para enaltecer la figura del genovés no es necesario denigrar al florentino, o viceversa. Los méritos del Piloto Mayor no son deméritos del Almirante, ni al revés.

La rivalidad entre Colón y Vespucio es un error de perspectiva, un espejismo de la posteridad. Consta que medió entre ambos la mejor relación, y que el Almirante consideraba al Piloto Mayor como muy su devoto y "mucho hombre de bien". (Ibid.55)

Alfonso Reyes sitúa el descubrimiento de América dentro del proceso de la humanidad que avanza penosamente en el conocimiento de la geografía de la tierra. El descubrimiento de América es el punto culminante de ese proceso. América pasa a ser, de una entidad inexistente, un archipiélago, una península de Asia, un nuevo continente, distinto del mundo conocido. El descubrimiento de América es la última pieza del rompecabezas con la que se completa la figura de la tierra.

Los exploradores que revelan los rasgos verdaderos de la tierra son el reflejo de los poetas, de los utopistas. Los viajes que ensancharon el planeta fueron guiados e impulsados por la utopía. América es así la invención de los poetas. Invención en el sentido de creación. Fueron los poetas quienes crearon, inventaron a América. Colón no tenía una hipótesis sobre la existencia de un nuevo mundo, fruto de conocimientos científicos o de observaciones personales. Hipótesis que después confirmaría con sus viajes. Colón intuye la existencia de América gracias a las lecturas de autores clásicos y de humanistas; y a los relatos de aventuras contemporáneos. No puede corroborar su intuición porque no tuvo conciencia de haber llegado a un nuevo mundo; y cuando estuvo a punto de adquirirla se lo estorba la "interposición mística": la fantasía del paraíso se interpone entre Colón y la realidad de América.

La empresa de Colón es sólo un momento -muy importante por su ineludible valor histórico- del proceso descubridor de América. En éste intervienen otras empresas y otros hombres: Juan de la Cosa, los hermanos Pinzón y, por supuesto, Américo Vespucio que hizo conocer el nuevo mundo, gracias al encanto literario de sus narraciones. Colón y Américo se complementan. Colón murió sin saber que había descubierto un nuevo continente; Américo sin saber que lo habían bautizado con su nombre.

"El descubrimiento de América fue el resultado de algunos errores científicos y algunos aciertos poéticos" (UT, 44).

NOTAS DEL CAPITULO SEGUNDO

- 1 Los viajes de misioneros más notables son:
 el del franciscano Giovanni del Pian del Carpin (1245)
 y el del dominico Nicolás Ascelino (1247).

- 2 Aparece ya en Reyes el mundo de "lo real maravilloso"
 en lo cotidiano de la vida. Véase Alexis Márquez
 Rodríguez, Lo barroco y lo real maravilloso en la obra
 de Alejo Carpentier. México, Siglo XXI, 1984, pp.51-52.

- 3 ¿La empresa asiática era la intención única de Colón?
 -Sí, responden Irwing Washington, Morrison Samuel Elliot
 y Martín Fernández de Navarrete.
 -No es la única, pero sí la principal. (Beaumont, Pablo)
 -Ni es la única ni la principal. (Roberston, William.
 Colón intenta la empresa descubridora. (Francisco López
 de Gómara, Gonzalo Fernández de Oviedo y Fernando Colón).
Cfr. O'Gorman, La invención de América, México, FCE,
 (Lecturas mexicanas, 63) 1984, pp.15-54.

- 4 Ibid., pp.95-97.

- 5 El no tener conciencia del ser de América como un nuevo
 continente es la premisa de que se sirve O'Gorman para
 negar la atribución del descubrimiento a Colón.

AMERICA INDIGENA

Visión de Anáhuac nos presenta la mirada llena de sorpresa con que los europeos miran las tierras recién descubiertas. Los ojos exageradamente abiertos contemplan el valle de Anáhuac, su vegetación y la ciudad, "inmensa flor de piedra" (VA,18). Los ojos llenos de sorpresa son los ojos de los conquistadores que ven las nuevas tierras como una tierra prometida. Y son también los ojos de Alfonso Reyes, el desterrado, que evoca su lejana patria como un paraíso perdido¹. Su mirada se extiende sobre el reflejo del paisaje en la poesía náhuatl; y se hace una mirada interior, reflexiva. La naturaleza no sólo despierta el sentimiento de admiración sino también el de comunión de los mexicanos de hoy con la raza de ayer. Y estos tres temas: naturaleza, sorpresa y comunión se entrelazan en Visión de Anáhuac, acentuándose a veces uno, a veces otro.

3.1 La región más transparente del aire

La naturaleza americana ofrece al ojo que la contempla aspectos diferentes y aun opuestos. Roba la atención por su vitalidad exuberante la selva virgen. Reyes nos introduce

en ella, haciendo que sintamos la pereza y relajamiento provocados por el bochornoso calor de la selva,

donde las energías parecen gastarse con abandonada generosidad, donde nuestro ánimo naufraga en emanaciones embriagadoras, es exaltación de la vida a la vez que imagen de anarquía vital.
(VA, 16)

Y nos invita a detener el paso y descansar para admirar

los chorros de verdura por las rampas de la montaña; los nudos ciegos de las lianas; toldos de platanares; sombra engañadora de árboles que adormecen y roban las fuerzas del pensar.
(Ibid., 14)

A la vegetación adormecedora de la selva americana -"poesía de hamaca y abanico" (Ibid.)- se opone la sobriedad del valle de Anahuac, que don Alfonso califica de vegetación arisca y heráldica, pues las plantas típicas de México: el nopal, la biznaga, el maguey, le parecen concebidos a propósito para delinear un escudo.

La biznaga mexicana -imagen del tímido puerco espín-, [...] el maguey que se abre a flor de tierra, lanzando al aire su plumero; los "órganos" paralelos, unidos como las cañas de la flauta y útiles para señalar la linde: los discos del nopal - semejanza del candelabro-, conjugados en una superposición necesaria, grata a los ojos: todo ello nos aparece como una flor emblemática, y todo como concebido para blasonar un escudo.
(Ibid., 14)

Si la selva americana aletarga, el valle de Anahuac, evocado por el mexicano en el exilio español, suscita austeridad.

La meseta castellana le recuerda la de México; y las compara:

La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos; el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. (VA, 15)

Las plantas protegidas de púas manifiestan la pobreza del suelo mexicano. La visión de las garras erizadas con que la vegetación se defiende de la seca, evoca en Reyes el esfuerzo de los hombres para dominar esa naturaleza arisca. Durante siglos, los habitantes del valle de México han luchado con el agua enemiga que periódicamente inundaba a la capital mexicana.

Semejante al espíritu de sus desastres el agua vengativa espiaba de cerca a la ciudad; turbaba los sueños de aquel pueblo gracioso y cruel, barriendo sus piedras florécidas, acechando con ojo azul, sus torres valientes.

(Ibid., 15)

Para librar a la ciudad de las inundaciones, los habitantes del valle se empeñaron en secar el lago. La desecación se inicia en el año de 1449 y termina en los principios de nuestro siglo. Ha sido una obra de indios, españoles y mestizos. Empresa de la monarquía indígena, del virreinato español y del porfiriato.

Tres razas han trabajado en ella, y casi tres civilizaciones [...] Tres regímenes monárquicos, divididos por paréntesis de anarquía, son aquí ejemplo de cómo crece y se corrige la obra de Estado, ante las mismas amenazas de la naturaleza y la misma tierra que cavar. De Netzahualcoyotl al segundo Luis de Velasco y de éste a Porfirio Díaz, parece correr la consigna de secar la tierra. Nuestro siglo nos encontró todavía echando la última palada y abriendo la última zanja. (VA, 14)

El hijo del general porfirista ve echar la última palada del prolongado esfuerzo de tres razas por dominar la naturaleza. Con extraordinario laconismo, como si no quisiera recordar hechos tan ligados a su propia experiencia, nos da una descripción que es a la vez un juicio crítico del Porfiriato y de la Revolución. El Porfiriato es "la prodigiosa ficción política que nos dió treinta años de paz augusta" (Ibid.,14). Y la revolución "el espanto social" (Ibid.,15) El joven Reyes huye de los recuerdos personales para mencionar a Juan Ruiz de Alarcón, ese otro mexicano alejado de su patria que revive el drama de la desecación del lago en El semejante a sí mismo.

La acción del hombre sobre la naturaleza brava y adusta del valle de México nos pone en comunión con los hombres de ayer. Pero también lo hace la contemplación del mismo paisaje

no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos yerran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación. (Ibid.,17)

Por ese valle pasearon "la amplia y mediatubunda mirada espiritual"(VA,17) los primeros habitantes. En ese valle, los aztecas peregrinos contemplaron en éxtasis al águila y la serpiente sobre el nopal. Más tarde, convertido aquel palafito en ciudad; y la ciudad en imperio, los conquistadores admiraron el valle desde las cumbres.

Y fue entonces cuando, en envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés ("polvo, sudor y hierro") se asomaron sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores -espacioso circo de montañas. A sus pies, en espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad. (Ibid.)

3.2 "Casas de encantamiento" (Bernal Díaz del Castillo)²

El epígrafe de la segunda parte de Visión de Anáhuac ("Parecía a las casas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís... No sé cómo lo cuente") nos transmite la impresión que causa en los conquistadores españoles la vista de la ciudad azteca. Es algo irreal, algo propio de brujería o encanto; algo que sólo puede ser producto de la fantasía, como las cosas que se narraban en el libro del Amadís, El cronista confiesa desconcertado que no sabe cómo contarle.

Reyes en cambio, sí sabe cómo contarle. A los hombres de Cortés les espera un espectáculo jamás imaginado. En el valle hay dos lagunas, una dulce y otra salada, donde se asienta Tenochtitlan "como una inmensa flor de piedra"(VA,18). Los edificios forman masas cúbicas de piedra labrada

con esmero. Destacan los amplios jardines de las casas de los señores. Las calles son cortadas por canales. Los canales saltan sobre los puentes de madera. Bajo los puentes, las piraguas se deslizan, llenas de frutas. Hasta los oídos de los españoles llega el murmullo, tranquilo y dulce de las voces nahuas:

Oyense unos dulces chasquidos; fluyen las vocales, y las consonantes tienden a licuarse. La charla es una canturía gustosa. Esas xés, esas tlés, esas chés que tanto nos alarman escritas, escurren de los labios del indio con una suavidad de agua miel. (VA, 18)

Los sonidos de la lengua mexicana no mantienen ocupada por mucho tiempo la atención de los extranjeros, que se vuelven fascinados hacia el atavío de los pobladores. La descripción de Reyes es brillante. El color y las formas llenan los ojos: túnicas de algodón rojas, doradas, negras, blancas. Collares de piedras de colores. Guarniciones de cuero de venado amarillas y blancas. Zapatones de suela blanca cocida con hilo dorado. Ruedas de plumas superpuestas y rostros morenos. Arracadas pesadas, aros metálicos, bastones. Pero, a la vez, es una descripción dinámica. Los verbos empleados por Reyes nos presentan formas y colores en movimiento. Por ejemplo la sugestiva sinécdoque: las túnicas de colores van y vienen. O la prosopopeya: las arracadas y collares tiemblan en la oreja y la garganta; y las plumas se mecen sobre los cabellos. Las piernas musculosas lucen

aros metálicos; suenan las sandalias. Y las expresiones metafóricas y comparativas: se retuerce en la mano, como una culebra, el bastón con ojos y dientes de nácar. El espectador contempla sin moverse el destello de colores y formas que, desde lejos, parecen frágiles juguetes.

las pieles, piedras y metales, la pluma y el algodón confunden sus tintes en incesante tornasol y -comunicándoles su calidad y finura- hacen de los hombres unos delicados juguetes.

(VA, 19)

La vida de la ciudad se concentra en tres sitios: el templo, la plaza y las casas imperiales.

3.2.1. El templo

La contemplación de la ciudad es interrumpida por el llanto de la chirimía y el fúnebre retumbo del tambor³ que atraen la curiosidad de los extranjeros hacia las enormes culebras de piedra de los muros del templo. La admiración se cambia en repugnancia ante los gigantescos ídolos, ante los largos cabellos de los sacerdotes, despeinados y sucios, ante las calaveras exhibidas como trofeos en honor del dios de la guerra.

Por lo las calaveras expuestas y los testimonios ominosos del sacrificio, pronto alejan al soldado cristiano, que, en cambio, se explaya con deleite en la descripción de la feria. (VA, 20)

3.2.2 La plaza del mercado

La plaza del mercado sorprende por su tamaño, "igual a dos de Salamanca" (Ibid.); por la muchedumbre que ocurría por ella diariamente; por el orden mantenido, pues cada especie o mercadería tenía su propia calle; y por la administración de la justicia que no toleraba el fraude:

por entre aquel torbellino andan siempre disimulados unos celosos agentes a quienes se ha visto romper las medidas falsas. (VA, 20)

Reyes nos mete entre la multitud para vagar por los puestos del mercado, mirando con los ojos de Hernán Cortés⁴ la abundancia y variedad de mercancías: madera, frutas, yerbas medicinales, aves: perdices, gallinas, lavancos⁵, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas; mieles: de abeja, de caña de maíz, de maguey; hilados de algodón, esteras, tabaco, pieles; verduras: cebolla, puerro, ajo, borraja, mastuerzo, berro; animales: conejos, liebres, venados, gamos, tuzas, lirones; joyas: de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de hueso, caracoles y plumas; pescado, huevo, maíz, cerámica, mantas, sogas...

La sola enumeración produce un mareo. Las mercancías parecen venirse en olas sobre el forastero, girando a su alrededor como un torbellino. La sensación es descrita por

Reyes como "asombro", "mareo de los sentidos", "pintoresco atolondramiento", "sueño de Breughel", "raro y palpitante caos" (VA, 22). Don Alfonso ha sabido comunicar al lector esa sensación de torbellino. Usa la palabra precisa, a veces desusada, que nos obliga a consultar el diccionario; pero de ese modo logra transmitir el asombro producido por las extrañas y abundantes mercancías de la plaza.

El mareo del mercado no impide al artista observar con atención y descubrir la belleza en ese caos. La pluma se hace pincel en su mano para pintar una serie de cuadros en los que ha logrado captar el detalle estético; ya sea que se trate del comercio de pescados:

En las bateas redondas de sardina giran los reflejos de plata y azafrán, las orlas de aletas y colas en pincel; de una cuba sale la bestial cabeza de pescado, bigotudo y atónito.

(Ibid.,22)

0 de las aves dispuestas para la venta:

Las alas azules y guindas abiertas como un laxo abanico, las patas crispadas que ofrecen una consistencia terrosa de raíces; el ojo duro y redondo del pájaro muerto.

(Ibid.)

0 de las ollas con líneas de mujer:

Entre las vasijas morenas se pierden los senos de la vendedora. Sus brazos corren entre el barro como en su elemento nativo; forman asas a los jarrones y culebrean por los cuellos rojizos. Hay, en la cintura de las tinajas, unos vivos de negro y oro que recuerdan el collar ceñido a su garganta. Las anchas ollas parecen haberse sentado como la india, con las rodillas pegadas y los pies paralelos.

(Ibid.)

Pareciera que la plaza del mercado hubiera agotado toda posibilidad de asombro; y, sin embargo, todavía hay más maravillas en los palacios de Moctezuma.

3.2.3 Las casas del emperador

Moctezuma aparece como un fabuloso rey Midas. Los conquistadores no pueden despegar sus ojos codiciosos del oro, en que parece convertirse todo lo que toca el emperador:

Si hay poesía en América -ha podido decir el poeta- ella está en el gran Moctezuma de la silla de oro, su reino de oro, su palacio de oro, sus ropajes de oro, su carne de oro. El mismo ¿no ha de levantar sus vestiduras para convencer a Cortés de que no es de oro?

(VA, 24)

La grandeza de Moctezuma se mide por el número de sus vasallos; por sus comidas abundantes, variadas, exquisitas, reguladas por meticulosas normas cortesanas; por el hecho de que la vajilla y la ropa usadas una vez por el emperador, jamás volvía a usarlas; porque los señores no podían acudir a su presencia sino descalzos y habiendo cambiado su rico manto por otro más humilde; porque el pueblo no podía mirar su rostro, cuando ocasionalmente aparecía en las calles; porque, como los señores europeos, su afición preferida era la caza.

A través de las puertas abiertas a calles y plazas, el sorprendido soldado español mira los patios, muros y techos de las casas de Moctezuma. Admira sus jardines que son un

museo de historia natural. Observa sobre la puerta de los graneros los escudos con figuras de conejo; y los de un arco con dos aljabas sobre la casa de armas, donde examina, al fin soldado, las armas de los guerreros aztecas.

3.3 La flor, madre de la sonrisa (El Nigromante)

La tercera parte de Visión de Anáhuac desconcierta en una primera lectura. Nos habíamos acostumbrado a las descripciones con que Reyes nos hacía percibir por medio de todos los sentidos, principalmente por el de la vista, la vegetación de Anáhuac y la gran Tenochtitlan, asentada en el lago como una inmensa flor de piedra. Ahora Reyes nos habla de la poesía indígena. Parece sacarnos de la plaza y llevarnos a la fresca celda de un convento para examinar, lejos del caos y del torbellino, la poesía náhuatl.

Los ojos del europeo que llega al valle descubre la presencia de la flor como ofrenda de los dioses y adorno de los hombres. La ve en las artes plásticas como motivo sutilizado; y en los muros del templo como jeroglífico. Aparece en esquemas definidos, ya sea de perfil o por la boca de la corola, junto a guirnaldas, árboles, magueyes, maíz. Flor es uno de los siete signos de los días. Flor es el símbolo de lo noble y lo precioso, de los perfumes y de la bebida. La flor representa la sangre que corre desde el altar del sacrificio. La flor simboliza el arte y la oratoria.

Si las flores, y en general la vegetación y la naturaleza, ocupan un lugar tan importante en la vida del pueblo indígena, no podían faltar en la poesía. La tercera parte de Visión de Anahuac tiene como objeto demostrarlo. La poesía náhuatl refleja la naturaleza del valle de México.

Es cierto que la pérdida de la poesía precolombina es irreparable. Y no puede compensarse por el descubrimiento de algunos ejemplares aislados, ni probando la relativa fidelidad de algunos textos conservados por los misioneros. Reyes piensa que nuestro conocimiento de la poesía indígena se reduce a conjeturas, a ingenuos relatos conservados por los frailes que nada entendían de los ritos poéticos que describen, a ficciones atribuidas al joven Netzahualcóyotl. Olvida Reyes la valiosa obra de fray Bernardino de Sahagún, Historia general de las cosas de la Nueva España, que transmite los Himnos de los dioses, o los códices de los Cantares Mexicanos. Olvido explicable, por otra parte, pues Reyes lo escribe en Madrid, a donde ha escapado del conflicto social que fue la Revolución Mexicana, en la que su padre desempeñó un papel protagónico. Muchos años después, en 1946, Reyes menciona los Himnos y los Cantares, en su libro Letras de la Nueva España. Mantiene el mismo concepto de la poesía indígena -ha dejado de existir-, pero concede que

ha dejado reflejar de inconfundible aroma añejo, que avisan una entétera y una fidesión no europeana que permiten apreciar su valor. (INE, 201)

La poesía indígena ha sido restaurada a posteriori, pues los poemas, compuestos antes de la conquista, fueron más tarde redactados en alfabeto latino por algún fraile. Los poemas han llegado a nosotros bastante castigados, pues tolerados en un principio por la Iglesia Católica, fueron después sometidos a la censura del sacerdote y finalmente prohibidos. A pesar de eso, pueden considerarse obras genuinas pues manifiestan una sensibilidad lujuriosa muy contraria al modo de ser de los misioneros, "gente apostólica y sencilla, de más piedad que imaginación" (VA,30); porque usan metáforas audaces, incongruentes con la mentalidad europea; y porque conceder que fueron inventados por los misioneros sería conceder que éstos fueron unos grandes poetas.

3.3.1 Autenticidad de la poesía indígena

Ahora podemos tener más confianza en la autenticidad de la poesía indígena, pues sabemos que el pensamiento literario precolombino se preservó gracias a dos medios: los códice y la memorización sistemática de los textos. En las sociedades prehispánicas había escuelas en las que los estudiantes aprendían de memoria cantares, poemas y discursos que podían repetir fácilmente con la ayuda de su escritura -pictográfica, ideográfica y parcialmente fonética-. Sabios indígenas, sobrevivientes a la conquista, pusieron por escrito en alfabeto latino lo que sabían de memoria⁶.

Es sorprendente, para esa época, el cuidado con que un Sahagún, por ejemplo, procuró recabar la información de esos sabios indígenas, muy lejos del ingenuo relato de los frailes, del que habla Reyes. Miguel León Portilla, después de explicar el método usado por ese precursor de la antropología, nos refiere el cuidado profesional con el que procedía: "Con un sentido crítico poco común en esa época, Sahagún repitió varias veces su investigación, pasando como él dice, 'por un triple cedazo' el material recogido, hasta estar cierto de su autenticidad"⁷.

3.3.2 "Ni noyotl nonotza" (Un poema náhuatl

Alfonso Reyes presenta un poema náhuatl, traducido al inglés por Brinton en 1887, arreglo castellano de J.M.Vigil. Se titula Ni noyotl nonotza (VA, 31). Es un bello diálogo entre el poeta y la naturaleza.

- "¿Dónde puedo recoger algunas bellas y fragantes flores?" - pregunta el poeta a la amarilla mariposa y al colibrí, brillante pájaro zumbador, trémula esmeralda. En los bosques de laurel, le responden, en la verde selva. El poeta escucha los dulces cantos de las flores a los que responden los pájaros canoros, las aguas lucientes y murmuradoras, la fuente azulada que canta, se estrella y vuelve a cantar. El poeta, a quien no llega la inspiración -no tiene flores para ofrecer a sus amigos-, invoca a los pájaros zumbadores que lo llevan a un fértil valle, donde las flores cubiertas

de rocío, esparcidas a modo de arcoiris. El poeta las recoge y las ofrece a sus amigos y a los nobles. Se establece aquí un paralelismo entre las flores variadas y olorosas y los poemas diversos y suaves que ofrece el poeta a sus amigos y a los nobles aquí en la tierra; y al In tloque in nahuaque, "el dueño del cerca y del junto, el invisible como la noche e impalpable como el viento"⁸, en el lugar donde no hay servidumbre.

En el comentario de este texto, don Alfonso no hace un análisis, se contenta con anotar que se trata de una acción dramática rudimentaria, de una pequeña escinificación simbólica. Y el texto le sirve de pretexto para citar otros poemas mexicanos en que las flores aparecen como un tema obsesivo; o para hacer evocaciones: la peregrinación del poeta, interrogando a la naturaleza trae a su mente la reminiscencia bíblica de la sulamita en busca del amado. Pero Reyes logra su propósito de demostrar que la poesía es el reflejo de la naturaleza del valle de México.

En la última parte de Visión de Anahuac Reyes establece la comunión del hombre de hoy con la raza de ayer, gracias a un triple lazo: el del esfuerzo común en dominar la brava naturaleza; el de la cotidiana emoción estética ante el mismo objeto; y el de la emoción histórica, sin el cual "nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz" (VA, 34)

La visión de Alfonso Reyes sobre el valle de Anahuac es la misma de los conquistadores. El paisaje de América y la civilización de sus grandes culturas, despiertan la admiración de los europeos que por instinto comparan lo que ven en el nuevo continente con lo que habían visto en el viejo; y de esa comparación, con frecuencia saca ventaja el nuevo.

La visión de los indígenas sobre su propia tierra se reduce al reflejo del paisaje en su poesía. Esta, sin embargo, no merece toda la confianza de Reyes, pues considera que se ha perdido irreparablemente, ya que los pocos testimonios que conservamos no gozan sino de una autenticidad relativa. La visión de los vencidos se pierde en un gran silencio. La conquista que arrasa hasta con el pensamiento precolombino, no merece ningún juicio valorativo de Reyes. Se contenta con participar de la admiración de los europeos por los indígenas de ayer, con los que siente entrar en comunión, al contemplar el mismo paisaje; contemplación que también comparte con los conquistadores.

NOTAS DEL CAPITULO TERCERO

1 Reyes escribió Visión de Anáhuac el año de 1915 en Madrid.

2 La fuente que usa Reyes para este ensayo es La verdadera historia de la conquista de Bernal Díaz del Castillo; y la Segunda carta de relación, de Hernán Cortés.

3 Llama la atención que Reyes no use en este ensayo la palabra náhuatl teponaztli en lugar de tambor, siendo tan representativa de la música indígena. Sin embargo, en Letras de la Nueva España sí lo nombra: "el teponoquaztli de madera hueca que corría varias leguas a favor del viento" (O.C.,XI, p.291). Más adelante habla del huéhuetl y del teponaztli, (Ibid. p.294)

4 Las enumeraciones de los productos del mercado están tomados de la Segunda carta de relación de Cortés casi literalmente, ya que las diferencias son pequeñas: cambio de algunos verbos, supresión de nombres, adición de otros, cambio en el orden presentado por Cortés.

5 Los lavancos son patos salvajes. El doral es un pájaro amarillo con manchas rojizas. La zarceta, un palmípedo de color gris ceniciento.

6 León Portilla, Miguel. Literaturas de Mesoamérica, Sep-cultura, México, 1984. pp.20-25

7 Ibid. p.28

8 Cfr. León Portilla, M. Trece poetas del mundo azteca. 4a.ed. México, UNAM, Instituto de investigaciones históricas, 1981.

AMERICA COLONIAL

En Letras de la Nueva España, Alfonso Reyes se acerca a la América colonial, contemplándola desde la ventana de su literatura. Al ir estudiando las obras literarias y a sus autores, podemos observar dos procesos simultáneos, importantes para la elaboración de la identidad americana, a saber: la creación de una cultura y la formación de un modo de ser peculiar del hombre americano, diferente del europeo.

4.1 Creación de una cultura

Alfonso Reyes distingue dos clases de factores que influyeron en la creación de la cultura: los factores humanos y los institucionales. Los factores humanos son la gente. Aquella que vino de Europa: misioneros, cronistas, maestros y huéspedes literarios; y aquella nacida en América -criollos, mestizos e indios latinizados- que se incorporó a la cultura europea. Los factores institucionales son la Iglesia y el Estado, a través de la educación y de la imprenta.

4.1.1 La educación

Las diversas órdenes religiosas que vinieron a América -franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas- establecieron colegios principalmente para la nobleza indígena. Su atención se

centró en la formación de los niños que eran hijos de los nobles. Las mujeres participaban de un programa elemental igual para todas las clases sociales. Destinadas al matrimonio, aprendían todo lo necesario para las faenas propias del hogar. Los hombres participaban de un programa gradual de acuerdo a su situación social. Los aduitos -representantes del pasado y una generación en cierto sentido irredimible- recibían una educación rudimentaria; tampoco les permitía más el rudo trabajo exigido por los conquistadores. Los niños plebeyos representaban el porvenir y aún eran redimibles, pero su misma condición social los obligaba a dejar los estudios para ganarse el pan a temprana hora. Los hijos de los nobles, destinados a mayores responsabilidades, tenían más holgura para el estudio. De entre ellos eran elegidos los más aptos, a quienes se dedicaba una atención especial.

La educación del estado se enfocó principalmente a los mestizos. El virrey Mendoza abrió para ellos el colegio de San Juan de Letrán, sólo doce años después de conquistada Tenochtitlan. De esa manera respondía a una urgente necesidad social:

La áspera vida militar, la ola de aventureros ("los de la capa al hombro") que, desembarcados en Ulúa, venían a buscar fortuna, y la falta de mujeres españolas, produjeron en pocos años una multitud de niños mestizos abandonados. (LNE, 303)

La educación del estado era selectiva como la de la iglesia, pues la gran mayoría de alumnos aprendían en tres

años las primeras letras y sólo unos cuantos eran elegidos para continuar sus estudios. Las escuelas privadas se establecieron principalmente para la educación de los criollos. En consecuencia, la educación en la época colonial tenía un carácter selectivo que favorecía a los mejor situados en la sociedad; sin embargo, se comprende semejante selectividad por la carencia de maestros. Se trataba, como dice Alfonso Reyes, de una

justa economía donde había una docena de maestros para millares de indios. (LNE,303)

4.1.2 La Real y Pontificia Universidad de México

El 23 de enero de 1553, se inaugura la Real y Pontificia Universidad de México, que abre sus puertas seis meses después. Siguiendo el modelo de la Universidad de Salamanca, enseña Teología, Sagrada Escritura y Cánones; Artes, Retórica y Gramática. Más tarde se añadirán las cátedras de Medicina y Lenguas indígenas.

La Universidad de México como sus homólogas de Europa, se encuentra en una etapa de transición entre la decadencia de la escolástica medieval y las nuevas orientaciones científicas. Así, no se ocupa de la observación de los hechos sino que usando la lógica como vara de taumaturgo extrae de la terminología todas las cosas del universo. Era una

escuela verbalizante. Como afirma Justo Sierra:

Era la palabra, y siempre la palabra latina, por cierto, la lanzadera prestigiosa que iba y venía sin cesar en aquella urdidumbre infinita de conceptos dialécticos. (LNE,304)

Don Alfonso reconoce lo que hay de verdad en la cita del maestro Sierra, pero al mismo tiempo piensa atinadamente que el mérito de la casa de estudios no se puede apreciar sin transportarnos al ambiente de la época; y, entendida en su contexto histórico, la Universidad de México cumplió satisfactoriamente su tarea de crear cultura:

La universidad debe crear -la nuestra lo cumplió- un nivel medio de cultura, que fue el nivel medio de la metrópoli. (Ibid.305)

4.1.3 La imprenta

Los libros han sido la herramienta más importante en la educación. Por eso cobra especial significación el establecimiento definitivo de la imprenta en México, el año de 1539. Los libros que se imprimieron eran de carácter religioso y educativo, dirigidos al grupo privilegiado de sacerdotes, educadores y algunos alumnos notables. Así lo demuestran los siguientes títulos¹: Breve y más compendiosa doctrina cristiana en lengua castellana y mexicana (1539); y Manual de los adultos para bautizar (1540). También se publicaron, aunque en menor número, libros filosóficos, científicos y

obras de autores clásicos latinos para los colegios de la Compañía de Jesús especialmente.

Lo que menos se publicó durante el siglo XVI (más de un centenar de libros) fue literatura en pureza. Había que atender a la necesidad inmediata. La cultura era pedagógica y eclesiástica. De aquí la superabundancia de la producción lingüística y religiosa.

(LNE, 307)

La imprenta nos lleva de la mano a considerar las publicaciones de la Nueva España. Don Alfonso distingue los "géneros nacientes", que son creaciones propias de América, si no en el aspecto formal, sí, al menos, en cuanto brotan al contacto con la realidad americana. Y los "géneros transportados", aquellos que nos llegan ya maduros con las letras hispánicas. Pertenecen a los "géneros nacientes" la crónica y el teatro de evangelización.

4.14 Los "géneros nacientes": la crónica y el teatro misionero

La crónica pertenece a la literatura histórica, pero en América se convierte en etnografía. Los cronistas no se interesan tanto por las hazañas de las clases directoras, o por los hechos de gobierno, sino por el extraño habitante de América. Los sorprende el indígena, sus costumbres, su moral, sus mitos y religión; y sobre eso escriben. Así, las cartas de relación de Cortés manifiestan mayor admiración por las cosas del nuevo mundo que por las acciones de los

conquistadores. En las crónicas, el indígena aparece como un ser extraño, pero humano, dueño de una cultura y civilización sorprendente.

El teatro misionero. El principal problema al que se enfrentaron los misioneros fue el de la comunicación con los indígenas. Pero supieron resolverlo con el medio audiovisual que tenían a su alcance y que, además, respondía a una fuerte tradición precolombina: el teatro -desde cuadros plásticos que acompañaban a los sermones de los frailes, hasta representaciones masivas en las que participaba todo el pueblo. No era un teatro profesional, pues no eran profesionales ni los autores ni los actores, ni pretendía otro fin que el transmitir a la mente de los nativos el mensaje cristiano. Eran un teatro de evangelización, de catequesis. Los misioneros echaron mano de piezas originales y de adaptaciones, de obras en verso y en prosa, en castellano y en lenguas indígenas. El asunto lo tomaron de los dogmas y de la Biblia. La adoración de los magos, o la caída de Adán eran temas favoritos. Pero también algunos hechos notables como La conquista de Rodas, o La destrucción de Jerusalén. Para el escenario servía todo: el presbiterio, las capillas abiertas, los atrios y hasta los campos donde se reproducían grandes

batallas. La representación era a veces una celebración paralela a la litúrgica que terminaba con la administración del bautismo. A veces, también servía para satirizar a personajes de la época, como cuando los capitanes de los infieles derrotados, aparecían en las figuras de Hernán Cortés y Pedro de Alvarado.

El teatro misionero ~~desaparece~~ al concluir la conquista espiritual, hacia el año de 1572. Con él se perdieron grandes posibilidades de originalidad que no pudieron evolucionar en un teatro independiente, como fueron la participación de muchedumbres que anunciaba ya un teatro de masas; o la intervención del público que se metía en la obra como actor y no como simple espectador. Nos dejó en cambio algunos elementos autóctonos, ya sean alusiones al ambiente natural, o reminiscencias de costumbres y ritos paganos.

Más tarde, el teatro se hace literario y profesional. Reyes lo bautiza "teatro criollo", porque nace en América pero es hijo del teatro español, al que trata de imitar. El "teatro criollo" no puede competir con el de la metrópoli, uno de los más vigorosos en la historia de la literatura. Así, el teatro colonial se va alejando del pueblo, sobre todo del indígena, y se va encerrando en círculos aristocráticos, como pasa en general con la literatura de ese tiempo.

4.1.5 Los "géneros transportados"

Al margen de la crónica y el teatro misionero, que podemos llamar originales de América, los demás géneros no hacen sino seguir los modelos que venían de la metrópoli. La literatura española recibe una favorable influencia italiana que llega a la colonia por medio de Gutierre de Cetina y Francisco de Terrazas. Y como ellos, otros autores que vienen a la nueva tierra, de paso o en forma definitiva, aportan los beneficios del siglo de oro español. Las corrientes literarias de la metrópoli llegan a la colonia con el retraso de una generación o menos. La dependencia literaria se explica, según Reyes, porque la sociedad colonial

apretada en torno a los colegios y a las iglesias -núcleos vitales de la Nueva España- mal podía presentar el mismo espectáculo de una nación europea, unificada, que viene arrastrando secularmente sus tradiciones.

(LNE, 354)

El exigir de semejante sociedad una literatura del todo emancipada, concluye Reyes, sería contrario al criterio histórico.

4.1.6 La sociedad colonial

La colonia era una sociedad culta y aristocrática. Era un "abejero literario" (Ibid., 353) en el que las acrobacias verbales y el ingenio eran valores muy estimados en justas

y torneos literarios. El ingenio se mostraba en acertijos, acrósticos, anagramas, versos que se podían leer al derecho y al revés -"políndromos"-, versos en que se sumaban todas las letras del alfabeto -"pangramatón"-, o en los que se empleaban todas las partes de la oración -"metronteleón"-

y otras exquisiteces menos objetables al fin y a la postre que los "colmos" o las "palabras cruzadas" de nuestros días. (LNE,355)

Era una sociedad aristocrática pues había juegos de ingenio que debían permanecer en el secreto de personas autorizadas y responsables y que de ninguna manera debían trascender al pueblo.

El cultivo del ingenio, más que del genio, es consecuencia de dos factores. Por una parte, la imaginación se sobreexcita en el calor de la fragua donde se acrisolan dos mundos y dos sangres. Por otra parte, el pensamiento se ve limitado por los preceptos de la Contrarreforma, en la que la sociedad colonial era educada.

Las justas poéticas nos permiten apreciar tres aspectos de la sociedad colonial. Primero, la existencia de una cultura humanística, erudita, que no tiene comparación. Segundo, el hecho -propio de la colonia- en la que un grupo selecto era público de sí mismo. Y, por último, -lo más notable- una aristocracia que convierte sus fiestas en fiestas del espíritu y sus salones de tertulia en ateneos poéticos.

No es de extrañar que en semejante tierra se aclimatara singularmente el culteranismo, con lo que tiene de despilfarrero, de desperdicio de fuerza, de audacia intelectual y de empuje agresivo. Ni tampoco extraña el aprecio en que se tuvo a don Luis de Góngora..

El deslumbramiento causado por Góngora fue máximo y como de un descubridor o conquistador.
(C E, 63)

4.2 Formación del ser americano

La ventana literaria a la que Reyes se asoma para ver la América de la colonia, nos permite observar un proceso paralelo al de la creación de una cultura; y es el proceso por el que se va formando un modo de ser propiamente americano.

Ya en el primer siglo de la colonia aparecen testimonios de escritores como Francisco Sánchez, Juan de Cárdenas o el agustino Juan de Grijalba², que revelan un modo propio del ser americano en contraposición con el español. A la rudeza del arribista peninsular se opone el señorío del indiano. Éste es más religioso, agudo y docto que el español; y en él se encuentra mayor cortesía y delicadeza; posee un estilo más discreto y retórico; su viveza y precocidad son admirables. Todos los testimonios -dice Reyes- revelan

por una parte, la creación de un nuevo espíritu; por otra, ... ese utopismo que el descubrimiento de América provocó en el pensamiento europeo y que, exagerando un poco, se empeñaba en adelantar a las Indias un crédito moral. (LNE, 310)

Al estudiar el "teatro criollo", don Alfonso observa que éste no pudo ser la expresión de la amalgama "entre la bronca y radiante hispanidad y aquella gama del sentimiento indígena que corre del patetismo sagrado a la melancolía" (LNE, 333). Donde nuevamente aparecen contrapuestos el modo de ser bronco del español y el sensible y melancólico del mexicano.

Más adelante en el capítulo "Primavera Colonial (XVI-XVII)", observa el contraste entre el español Mendieta, -"brioso, directo" (LNE,335)- y el novohispano Dávila Padilla, -"acicalado, medido, y hasta 'prebarroco' por momentos" (Ibid.). En el mismo capítulo presenta a Mateo Rosas de Oquendo, "risueño, medio pícaro y medio soldado" (Ibid.,342) que, según su humor, participaba de un lado o de otro en la pugna entre peninsulares y criollos. Ya entonces se observaba un modo de ser propio del americano:

La índole peruana y la mexicana se manifiestan ya, aquella humorística y ésta melancólica, conforme a los futuros matices de ambas provincias literarias.

(Ibid.,342)

Prototipos de la colonia son don Juan Ruiz de Alarcón y don Carlos de Sigüenza y Góngora.

4.2.1 Juan Ruiz de Alarcón

La obra literaria de Alarcón escapa de las fronteras coloniales y aun de la metrópoli. No tiene antecedentes en la literatura española, pues sus fuentes son latinas; bebe en Terencio y en Plauto. Tampoco deja descendencia ni aquí ni

en España. Su influencia es posterior en el teatro de Corneille y, a través de él, en Moliere y otros.

Es el primer mexicano universal, el primero que se sale de las fronteras, el primero que rompe las aduanas de la colonia para derramar sus acarreos en la gran corriente de la poesía europea. (LNE, 347)

Los héroes de las comedias alarconianas son hombres -no semidioses- que hablan -no cantan- y pisan la tierra. Alarcón comparte lo maravilloso y lo heroico con los dramaturgos contemporáneos; pero su originalidad está en el alejamiento de las situaciones trágicas para refugiarse en un tono coloquial y discreto.

Y entonces sus personajes serán esos amables vecinos que evitan los "chiflones" de aire, con quienes daría gusto charlar un rato por la noche en el interior reposado, o a la puesta del sol, desde una galería abierta sobre el Manzanares. (Ibid. 345)

Si como escritor Juan Ruiz de Alarcón es un ser aparte, como hombre "es representativo de este pueblo cuya índole muestra al natural" (Ibid. 346). las cualidades que sobresalen en este mexicano son la observación, la serenidad, la bondad, la fe en la razón y el respeto a los demás.

Aquel rostro de barbitaheño meditabundo, palidísimo en afanes y pecados, no ha dejado de sonreír. Los contratiempos, las injurias, no han logrado vencer su confianza en la naturaleza humana, ni su confianza en la razón. Niega, con el arquetipo, los azares de la contingencia. Quiere al hombre humano, al que se emancipa

del arrebató y reduce, en suave cortesía, los bajos estímulos animales; al que no se entrega a la casualidad; al que impone, en su acción y en su pensamiento, el sello de su querer consciente y libre. Tal es el consejo que nos ha dejado en herencia aquella flor de mexicanos.
(LNE, 347)

4.2.2 Don Carlos de Sigüenza y Góngora

Don Carlos representa en grado sumo toda la cultura novohispana de su tiempo. Pretende definir lo mexicano, enraizando la nueva sustancia de la sociedad criolla en el orgullo de las tradiciones y virtudes prehispánicas. A la entrada del virrey Paredes en la capital de la Nueva España, propone como modelo de las virtudes de un gobernante a los emperadores aztecas, pues piensa que a América le bastan sus propias grandezas, sin tener que pedir las prestadas a la antigüedad clásica. Se le acusa de ser más sensible al desorden que a la injusticia, porque a raíz de un levantamiento de los indios, el 8 de junio de 1692, propuso al virrey que los indios fueran alejados de las poblaciones. Reyes lo justifica, aduciendo que don Carlos tenía una visión más clara de las cosas históricas que de las actualidades políticas, y que no se le podía pedir en sus días una plena maduración de la conciencia nacional (LNE, 351). Sigüenza y Góngora manifiesta aquí lo que parece ser una constante en la visión que se tiene del mundo indígena. Se desprecia

al indio vivo, contemporáneo, mientras se admira al indio de ayer, al que ya no existe.

La visión de Alfonso Reyes sobre la América de la colonia es una visión a través de la literatura. Nos presenta una sociedad culta, aristocrática, en la que florece el Barroco, no sólo en la literatura sino en la arquitectura, música y pintura. El criollo toma conciencia de ser diferente del español nacido en la península y se va creando ese resquemor criollo que prepara la independencia de las colonias. Pero el habitante original de América, el indio, poco a poco se va quedando al margen de la sociedad colonial, simple mano de obra barata para los trabajos difíciles, extranjero en su propia tierra.

NOTA DEL CAPITULO CUARTO

1 La primera imprenta de América es la de México. Ya trabajaba desde fines de 1536, antes de su instalación definitiva en 1539. El primer libro que se imprimió fue la Escala espiritual de San Juan Clímaco (1537), traducido del latín por fray Juan de la Magdalena.

EN BUSCA DE LA IDENTIDAD AMERICANA

En este capítulo nos preguntamos por la identidad del hombre americano. ¿En qué consiste ser americano? ¿Qué es lo que une a los habitantes de este continente? ¿Qué es lo que les da un sentido de pertenencia?

La primera dificultad nace del nombre mismo. América no es una palabra unívoca. En un sentido general, significa la entidad geográfica, el cuarto continente. En un sentido restringido, por América se entiende a los Estados Unidos de Norte América, pero también Canadá y la parte del continente que se extiende al sur del Río Bravo: Iberoamérica.

5.1 América: el universo latino y el anglosajón

Es evidente que América engloba dos universos muy diferentes: el anglosajón del norte y el latino del sur. Hay una diferencia en la escala de valores que nace de la diferente forma de colonización.

En la base de ambas colonizaciones hay un factor religioso aunque de características distintas. En el mundo anglosajón, los colonizadores forman pequeñas comunidades con una religión individualista y atomizada que, perseguidas en su patria, huyen hacia el nuevo continente en busca de la tierra prometida, donde pretenden reproducir el ideal puritano y capitalista.

Su lema es poblar y explotar. El carácter de la colonización de América del Norte es fundamentalmente religioso y comercial.

La colonización de Iberoamérica es realizada por miembros de la Iglesia Católica que encuentra en España el baluarte contra la reforma protestante. Se trata de una iglesia cerrada que ve en el nuevo continente el campo de una nueva cruzada; un terreno de conquista militar, política y espiritual que pueda recompensar a la cristiandad del terreno perdido en Europa por el avance del protestantismo. Su lema es incorporar y salvar. El carácter religioso de la colonización ibérica es misional; se trata de acabar con la idolatría, de convertir a los paganos e incorporarlos a la cristiandad.

De esas formas distintas de colonización surge una escala de valores diferente. Para la América anglosajona lo importante es la tierra que debe ser explotada. Los indígenas de esos grandes territorios son vistos como obstáculos a los que se debe suprimir o aislar en pequeños reductos. El símbolo de la América anglosajona es la carreta, el ferrocarril o el automóvil. Es ahí donde se realiza toda la vida social y familiar. Los caminos, las vías, las autopistas se extienden por el territorio para favorecer el comercio que se convierte en un valor supremo.

Para Iberoamérica lo importante es el hombre que debe ser incorporado a la Iglesia para salvar su alma. La incorporación se realiza sometiendo a los habitantes de la nueva tierra a las potencias católicas. La cruz sirve de pretexto a la espada. Los nuevos cristianos son tratados como infantes que necesitan protección o que deben ser castigados. El símbolo de la colonización iberoamericana es la iglesia y el atrio donde se reúnen y estrechan relaciones con los demás habitantes de la población. El hombre, al menos teóricamente, tiene un valor supremo como hijo de Dios. Esto es una teoría porque en la práctica los indígenas son tratados como esclavos. En la realidad se da una explotación peor que la del mundo anglosajón. Ésta era una explotación de la tierra; aquella, del hombre. Los indios son utilizados como mano de obra barata al servicio de los intereses de los colonizadores. La ideología de la salvación cubre la realidad de la explotación. La iglesia -símbolo de la nueva civilización- se levanta con frecuencia sobre el templo pagano; en lo que aparece el símbolo de otra realidad: la negación de la cultura indígena. Las sociedades iberoamericanas padecen entonces una esquizofrenia¹: la división entre lo que se dice y lo que se hace; entre el discurso ideológico humanista y la realidad de servidumbre de una mayoría; entre la exaltación de la antigua cultura prehispánica y la negación cotidiana de lo indígena.

Estos dos universos de América no pueden perderse de vista cuando nos preguntamos por la identidad del hombre americano.

5,2 El Ateneo de la juventud y Alfonso Reyes

La búsqueda de la identidad de América es una de las preocupaciones constantes de los escritores americanos, en particular de los ensayistas. Se considera que la primera toma de conciencia del ser americano surgió con el Positivismo²; porque éste rompió con la tradición escolástica y clerical de la colonia; y buscó un modelo europeo en las sociedades consideradas de éxito: Francia, Inglaterra y Alemania; pero el Positivismo abandonó la tradición latina.

El Ateneo de la juventud surgió como una reacción colectiva contra el Positivismo, al buscar en lo universal la identidad de América. La Raza cósmica de Vasconcelos es una síntesis que engloba y expresa todo lo humano. Pedro Henríquez Ureña aspira a lo universal por medio de lo nacional. Antonio Caso busca la unidad de América que no puede ser política, pero sí una unidad cultural, al menos de Hispanoamérica. En esta corriente hay que situar a don Alfonso Reyes.

Don Alfonso pretende que volvamos a lo nuestro. Esto significa, aparte de salvar el espíritu científico positivista, recuperar la tradición humanística de la cultura latina. La identidad del hombre americano no es el resultado de la influencia del medio geográfico sobre el hombre. Ni es la raza lo que da cohesión a lo americano. Ni lo americano es lo autóctono. La identidad de América hay que buscarla en la tradición cultural latina.

5,3 La cultura en general

La cultura es la suma de obras producidas por el hombre, acumuladas en el transcurso de los años. En un sentido general, se considera cultura a toda obra humana capaz de convertirse en un bien de la vida. En un sentido restringido, se reduce a las formas más elevadas del espíritu. La cultura comprende entonces una forma concreta de civilización y una cosmovisión.

La civilización abarca, en primer lugar, el conjunto de objetos y bienes que transforman la vida material, como son el territorio y sus recursos naturales; los espacios que sirven para habitación, trabajo, centro ceremonial o de administración pública; las herramientas y los objetos de uso cotidiano. En segundo lugar, las formas de organización social, como los deberes y los derechos en la familia, la comunidad y el pueblo; las formas de solicitar y retribuir la colaboración; las instancias a donde acudir en busca de orientaciones, decisiones o remedios. Finalmente, el conjunto de conocimientos para hacer las cosas, para nombrarlas, para enfrentar los problemas, para interpretar los signos de la naturaleza.

La cosmovisión es un modo específico de ver la vida y la muerte, que se expresa en el idioma y que resume el pensamiento acumulado por el grupo a lo largo de su historia.

De ahí surge una escala determinada de valores que señala lo permitido y lo prohibido, lo bueno y lo malo, lo deseable y lo no deseable. Y una gama de sentimientos que permite a los miembros del grupo participar, aceptar, creer y formar parte del esfuerzo común.

5.3.1 Niveles de la cultura

Reyes, siguiendo a Linton,³ establece cuatro niveles o estadios de la cultura: los universales y las especialidades que se sitúan en el núcleo de la cultura; las alternativas y las particularidades, en la periferia.

Los universales son el conjunto de conocimientos, normas y emociones que forman el patrimonio común de los participantes de una cultura. En este estadio se encuentran los mitos, creencias, reglas de conducta, supersticiones, temores, esperanzas, que en forma inconsciente influyen en la colectividad. La participación individual y consciente en este nivel es mínima.

Las especialidades son el conjunto de disciplinas o ciencias determinadas. Es el campo de participación propio de los especialistas: científicos, escritores, pensadores, artistas, maestros.

Las alternativas son los medios diferentes que sirven para lograr los fines sociales. Si influyen superficialmente permanecen en la periferia; pero si su influencia es necesaria se introducen en el núcleo de la cultura.

Las peculiaridades encierran todo lo nuevo: los inventos y los descubrimientos. Pueden perderse o aprovecharse. Si se aprovechan, se convierten en el alimento constante de la cultura. Son las peculiaridades las que permiten a la cultura cambiar y renovarse.

El examen de los cuatro niveles de Linton sirve a Reyes para deducir dos observaciones. Primero, que en una época como la nuestra, de intensa renovación, opuesta a la relativa estabilidad de las épocas clásicas, el núcleo se ve afectado por el acarreo continuo e inconexo de novedades desde la periferia. Mal asimiladas, producen una incoherencia en todo el organismo de la cultura. Este fenómeno explica la crisis moral que sacude al mundo en épocas de cambios. La segunda observación se refiere a las bases humanas. El hombre es el creador de la cultura. La inteligencia de los individuos produce la cultura y sólo por la inteligencia puede sostenerse. Por esta razón, don alfonso prefiere hablar de la "inteligencia americana" (UT,82) en vez de la cultura americana. La cultura es universal pero puede ser dirigida y orientada por la inteligencia americana.

5.3.2 Cultura universal y latina

La cultura universal, o la cultura sin adjetivos, es para Reyes la cultura latina. La compara con el agua que puede volcarse en vasijas diferentes, sin dejar de ser la

misma agua; o que partiendo desde la cumbres, en su camino al mar, crece con los afluentes, es batida con las sales del suelo y alterada por las lluvias y los climas, pero sin dejar de ser el mismo río.

Le parece un hecho evidente que las aguas que nos bañan son latinas, pues la sustancia de la cultura latina ha llegado a nosotros por medio de España. Pero, ¿qué pasa con los pueblos no latinos? ¿Qué pasa con los sajones y los orientales? Aun los pueblos sajones reconocen que en los cimientos de su formación nacional hay piedras venidas de Roma. En cuanto a lo oriental que, en el momento en que Reyes escribe, era exaltado en oposición a lo occidental, debe ser incorporado a la cultura universal. Es el Occidente quien se ha interesado por el Oriente, despertándolo de las ruinas en que dormía y dándole nueva vitalidad.

El espíritu latino ha dado pruebas de su temple como animador de las culturas. El paso del paganismo al cristianismo no fue un rompimiento sino una evolución. Tan latinas son las ruinas del foro romano como la basílica de San Pedro. El espíritu latino que llevó a los hombres del paganismo al cristianismo es también capaz de transportarlos a otro sueño de felicidad más completo.

La cultura latina es universal porque es humanística. En la jerarquía de valores de la cultura latina ocupan un lugar predominante los valores humanos. Así, la lectura de Virgilio -piensa Reyes (TyO, 163)- es valiosa por su importan-

cia en la formación integral humana. Al situar al hombre en la naturaleza y a la voluntad racional en el corazón del hombre, le impide que zozobre en el océano de la desorientación. De este modo se establece la armonía del individuo consigo mismo y con su entorno. Hablar de cultura universal es, en consecuencia, hablar de cultura latina.

5.4 La geografía

Al asomarse a la geografía de América lo primero que sorprende es su diversidad: montañas, llanuras, valles extensos, desiertos, islas, bosques, selvas. Llama la atención del europeo la naturaleza bárbara de América en contraposición a la naturaleza doméstica de Europa. La naturaleza americana devora al hombre como Boramapa fue devorada por la selva. Las fuerzas telúricas del continente arman un escenario en el que la vida biológica parece superar a la vida del espíritu. El hombre americano es visto por Europa como un hombre primitivo: sin espíritu, sin libertad y sin historia.

El americano contempla la región en que ha nacido y donde ha vivido; y busca en los rasgos geográficos la explicación de su modo de ser. Así, la pampa argentina -enorme extensión con reducidos núcleos urbanos- explica el individualismo y sentimiento de superioridad del gaucho. La actitud defensiva del portorriqueño se entiende por ser Puerto Rico una isla, conquistada primero por España y dominada después por los Estados Unidos. Nicaragua, ombligo del mundo, hace del nica-

ragüense un unificador, un hombre de diálogo. El paisaje andino de Bolivia, montaña y altiplano, cuna de diversas civilizaciones, encierra el germen de un nuevo ciclo cultural⁴. El mismo Reyes en Visión de Anahuac establece un sentimiento de comunión entre el mexicano de hoy y el indio de ayer al contemplar el mismo paisaje.

Don Alfonso expone dos teorías de la influencia del medio geográfico sobre el hombre: la teoría paradisiaca, según la cual las civilizaciones son fruto de zonas geográficas privilegiadas:

Desde que Herodoto dijo: "El Egipto es un don del Nilo" hay riesyo de figurarse que la geografía trae por sí sola hasta la mesa del hombre el banquete de la cultura. (TyO, 291)

Y la teoría del desafío y la respuesta, que sostiene que el obstáculo geográfico es el verdadero incentivo de las civilizaciones:

Algunas autoridades modernas procuran destacar lo que hubo de lucha y esfuerzo en la conquista del Nilo por los egipcios, y ven en este ejercicio por domeñar un ambiente de tremenda y amenazadora feracidad -y hasta donde lo ha esclarecido algunos vetustos testimonios- muy distinto en sus antiguas características del que ya conoce la historia, el incentivo y la tónica que permitió a los egipcios crear una gran civilización. (Ibid., 291)

Reyes hace notar que regiones geográficamente propicias, como el Valle del Jordán, del Amazonas, o del Río de la Plata, no fueron cunas de grandes civilizaciones; en cambio sí lo fueron la alta meseta andina

que no es paradisíaca, o la meseta mexicana que es pantanosa. Por lo que concluye que lo determinante no es la influencia geográfica propicia sino el esfuerzo histórico del hombre:

No: el medio no basta a la explicación. Lo que importa es la respuesta humana, la valoración humana de la geografía; otra vez, el esfuerzo de la cultura, lo que hay de libertad creadora en la historia, aunque claro está, con apoyo sobre el mismo suelo y no en especie aérea o abstracta. (Ibid. 292)

Alfonso Reyes concede que hay una influencia del medio geográfico sobre el hombre, pero se trata de una influencia relativa, de ninguna manera absoluta:

Quien niegue que la planta humana se matiza diversamente en la diversidad de tierras y climas, será ciego y sordo. Quien niegue su importancia fundamental a este hecho, cuando se trata de pueblos primitivos y aislados, de cunas de civilizaciones, será ignorante. Quien partiendo de ese solo dato vegetal quiera establecer una historia del pensamiento moderno, se equivoca groseramente. (TyO 159)

Don Alfonso rechaza la manía geográfica que determina de modo absoluto el ser del hombre, porque piensa que aun la evolución biológica humana es el resultado de una fuerza interior encerrada en la semilla de nuestra especie y no el efecto del medio ambiente.⁵

El hombre es un nivelador de la geografía. Su misión es "pulir y aislar la bola de billar que es la tierra" (Ibid.170), Las curiosidades regionales son sólo "adornos graciosos que la cultura se cuelga al pecho" (Ibid.170). Los grandes ideales de la cultura, en cambio, no pueden

ser sino universales, pues contemplan al hombre absoluto, al arquetipo que quisiéramos ser.

5.5 La raza

La raza no puede ser el elemento de cohesión e identidad de América, pues la existencia de diferencias raciales en el continente es un hecho palpable. Frente a los anglosajones de Norteamérica, se extiende al sur del Rio Bravo la raza latina. Pero aun Iberoamérica es un mosaico racial. Junto a la predominante población mestiza, conviven las numerosas etnias indígenas y los descendientes de los esclavos africanos y de los emigrantes europeos.

En el momento en que el nazismo mostraba los crímenes a que pueden conducir los prejuicios raciales, al exaltar la superioridad de una raza pura, don Alfonso advierte claramente que

Las grandes civilizaciones históricas siempre han resultado del hibridismo y olvidarlo es ser víctima de una ilusión óptica, o lo que es peor, poner la ciencia al servicio del fraude.

(TyO 315)

El concepto de raza es un concepto estático y sin fundamento científico, pues la aptitud de las personas no depende de la pigmentación de la piel, sino de las diferentes oportunidades de cultura. Y el carácter de una sociedad es consecuencia de la convivencia geográfica,

de la vinculación económica y de la comunidad cultural mucho más que de la raza. Lo que importa para la integración e identidad de América, sostiene Reyes, no es la raza sino la cultura:

Y no hablemos más de razas, sino de culturas;
y más todavía, de la cultura. (TyO, 315)

La cultura puede nivelar las diferencias raciales, ya que éstas no son irreductibles por naturaleza. Las razas son uniformes en principio cuando se les ofrecen iguales oportunidades de educación. Al racismo, Reyes opone la democracia, en cuanto significa una intensa transmisión de cultura por medio de la comunicación y el aprendizaje.

5.6 Lo autóctono

Etimológicamente, lo autóctono es lo originario de la tierra en que se vive. Puede entenderse de dos maneras: primero, como una fuerza instintiva, de donde manan como cualidades fundamentales la espontaneidad y la originalidad. Desde el momento en que expresamente se intenta ser autóctono se pierde la espontaneidad y el logro de lo intentado resulta imposible. Aun cuando no se intenta ser autóctono, porque expresamente se pretende otra cosa, la originalidad brota espontánea. Tal es el caso del Modernismo: se pretendía seguir en la poesía las corrientes del simbolismo francés, pero brotó de modo espontáneo la originalidad americana. La segunda forma de entender lo autóctono consiste en el enorme yacimiento

de materia prima: objetos, formas, colores, sonidos que han quedado del mundo precolombino. Mas para que ese yacimiento pueda tener un significado, necesita ser integrado a una cultura, es decir, a una determinada forma de ver la vida y la muerte; y a una jerarquía de valores consecuente. Alfonso Reyes piensa que todo ese yacimiento precolombino está privado del fundamento cultural que lo sustentaba. El encuentro de la cultura de los conquistadores -el choque del caldero con el jarro- provocó el rompimiento de la cultura indígena que se quebró en pedazos. La visión de las culturas prehispánicas, en consecuencia, es una visión fragmentaria, sin otro valor que el que pueda darle la curiosidad turística o el interés arqueológico. Lo autóctono, entonces, debe integrarse a la cultura universal, pero hay que apresurar el paso, porque América ha llegado tarde al banquete de la civilización (UT,82).

Alfonso Reyes ve el mundo indígena desde una perspectiva europea. La admiración que despierta en él ese mundo extraño y que con mano maestra describe en Visión de Anahuac, es la misma que la de los conquistadores. Entre ese mundo admirable del indígena de ayer y el hombre de hoy no existe ningún otro lazo que la contemplación del mismo paisaje, pues la cultura prehispánica está muerta, pertenece al "pasado absoluto" (190, 161).

La posición de Reyes ante la cultura indígena corresponde a la del "México imaginario"⁶. Guillermo Bonfil distingue dos Méxicos: el México profundo, caracterizado por la persis-

tencia de la cultura mesoamericana, que comprende a los grupos indígenas existentes, pero también a otros sectores mayoritarios del país que no se confiesan indígenas, aun cuando conservan muchos rasgos de la cultura precolombina. Y el México imaginario, propio de la minoría dominante, con un proyecto de cultura europea que niega -y por consecuencia excluye- la realidad de la cultura indígena; y que ve en los rasgos que de ella persisten obstáculos que deben ser superados para lograr sus propósitos.

No es diferente en su propósito final, la posición de Reyes y la del padre del indigenismo, don Manuel Gamio. Esta posición servirá de modelo para el trabajo indigenista no sólo en México sino también en otros países de Latinoamérica. El primer antropólogo profesional de México, Gamio, reconoce valores positivos en las culturas indígenas, pero considera que los pueblos mesoamericanos llegaron con rezago al encuentro con la civilización universal, a la que deben incorporarse. incorporación que -como lo demuestra Guillermo Bonfil- significa "desindianización", es decir: la pérdida de su especificidad cultural e histórica⁷.

5.7 Función unificadora de la cultura

En el orden individual, la cultura tiene como tarea el reconstruir nuestra unidad, sin la cual es imposible salvar "la profesión general de hombre" (TyO, 204). El occidente

se ha caracterizado por la dicotomía entre la materia y el espíritu; entre la vida práctica y la teórica; entre la acción y la contemplación; entre la universalidad y la especialización; entre las humanidades y las ciencias. Una contradicción que busca el equilibrio, pues los extremos de la oposición se solicitan mutuamente, como el sexo masculino y el femenino, como los dos hemisferios del cerebro. La cultura, como Isis en la fábula egipcia, que recoge estrella a estrella los fragmentos del Osiris para recomponer al sol, reúne los elementos dispersos de la dicotomía occidental y restablece el equilibrio interno del individuo. La función unificadora de la cultura se ejercita en el campo de las diferentes ciencias. Reyes se sirve del ejemplo de las matemáticas y demuestra que esa ciencia abstracta, -pero "afianzada, como la yedra, al muro de la vida" (TyO,208),- vive del intercambio con la cultura. Los conocimientos, las ciencias y las artes viven de ese intercambio. La especialización necesita de la universalidad de la cultura; sin ese intercambio, el especialista es un ser mutilado.

En el orden social, la función unificadora de la cultura se ocupa de la geografía y de la historia. Para explicarla, Reyes emplea la dualidad alma-cuerpo. El cuerpo representa la necesidad de la geografía; el alma, la libertad de la concordia. La concordia une, nivelando las diferencias de la geografía, como las partes distintas del cuerpo son unificadas por el alma. Hay un proceso físico de unificación:

la inteligencia trabaja sobre la materia física, sobre la tierra, para equilibrar las desigualdades geográficas y establece vías de comunicación entre las partes distintas del planeta. Hay también un proceso histórico: la inteligencia trabaja sobre la materia histórica, sobre el hombre, con el objeto de alcanzar la homonoia, o concordia internacional. La homonoia es la meta hacia la cual tiende el cosmopolitismo. Historicamente han existido dos formas de empresas cosmopolitas. / Por una parte, el imperialismo que pretende unir a los pueblos dominándolos, ya sea por la fuerza de las armas, ya sea por el poderío económico, o por una mezcla de ambas cosas. Y, por otra parte, el cosmopolitismo propiamente tal, que respeta la libertad y autonomía de los pueblos; que facilita la circulación del hombre dentro del mundo; y que desarrolla, por encima de las diferencias de raza, el conocimiento y comprensión humana y la armonía internacional.

Son muchos los intentos históricos de este ideal cosmopolita: el cristiano y caballeresco de la Edad Media; el humanístico, del Renacimiento; el clásico y filosófico, de la Ilustración; el romántico, del siglo XIX, en el que se encuadra el sueño bolivariano de la Gran América; y el político, propio de nuestro siglo:

El cosmopolitismo político contemporáneo no borda ya sobre un ideal religioso, humanístico, racionalista o romántico, sino sobre el cañamazo del hombre abreviado en su expresión mínima: el hombre en su primera función, que es la de vecino del hombre. Y el problema de la vecindad entre los hombres es, ni más ni menos, el problema político. (TyO, 192)

Reyes distingue un tercer proceso por el que la cultura ejerce su tarea de unificación: el proceso intelectual, que se recoge del pasado, se desarrolla en el presente y se orienta hacia el porvenir. La inteligencia trabaja sobre sí misma y produce la continuidad de la cultura, "obra de las Musas, hijas de la Memoria" (TyO, 194). La continuidad se opone a la ruptura histórica y es evolución. La cultura antigua de Oriente deriva en la griega y ésta en la occidental. El principio aristotélico, según el cual la naturaleza nada hace por saltos, subraya la idea de continuidad, aunque sugiere la imagen de lentitud, de conservadurismo, de envejecimiento. Nada más léjos de la verdad:

Pero nadie ha dicho que la continuidad sea modorra, ni nadie aconseja el andar perezoso de la tortuga de preferencia a la estética del salto, grata a las almas jóvenes. (Ibid., 198)

El salto es también continuidad; la sensación psicológica del momento por la que lo percibimos como una interrupción es un engaño. Hay una continuidad perfecta en el movimiento del salto.

Conviene aclarar que la unificación que produce la cultura no implica la renuncia a lo particular, a lo inesperado, a la aventura. No es estancamiento sino facilitación del movimiento. No es renunciar a la expresión propia sino establecer un sistema de relaciones con todas las cosas. Una vida unificada es una vida en toda su dignidad y con todos sus riesgos. No sugiere imágenes de inmovilidad sino del

frenesí de la vida. Reyes usa el símil del sistema circulatorio para describir la unificación: no es una circulación entorpecida sino una circulación mejor de la vida dentro de la vida (TyO, 184).

5.8 La función de la "inteligencia americana"

La tarea de la "inteligencia americana" consiste en la elaboración de una síntesis cultural. Ésta no puede ser -como algunos lo entendieron⁸- un simple resumen o un compendio elemental de los logros europeos, sino la elaboración de una estructura en la que se integran todos los elementos dispersos; que trasciende las partes y contiene en sí novedades. Reyes la explica con el ejemplo de la unión de un átomo de hidrógenos con dos de oxígeno, que no sólo es la junta de esos dos elementos, sino que también es agua. La síntesis es una organización cualitativamente nueva, dotada de una virtud trascendente.

Los elementos que deben ser estructurados en esa unidad no son únicamente los de la tradición europea sino todos los de la herencia humana. En consecuencia, también las culturas indígenas, a pesar de que Reyes considera que pertenecen al pasado absoluto (TyO, 161). Porque las culturas indígenas, después de cinco siglos de negación y sometimiento, persisten todavía llenas de vitalidad y con una riqueza que aportar a la herencia universal del hombre⁹.

No es traicionar el pensamiento de Reyes el incluirlas en la síntesis cultural, pues para alcanzar la homonoia, o armonía de los pueblos, propone, en contraposición al imperialismo que somete, el cosmopolitismo que respeta la libertad y la autonomía. La síntesis no puede ser la sustitución de las culturas indígenas por la europea, sino la fusión de todos los elementos: los de oriente y occidente, los indígenas y los europeos, sin que ninguno de ellos sea negado para que surja una cultura cualitativamente nueva.

La "inteligencia americana" tiene una tarea ardua, pero está especialmente preparada para cumplirla, pues entre los pueblos americanos hay más semejanzas que diferencias. Éstas se reducen a la de raza y a la de lengua. Las diferencias raciales, como vimos, no son por naturaleza irreductibles, ya que pueden ser superadas por la educación y por el grado de evolución que alcancen las sociedades americanas. Las diferencias de lengua tampoco son insuperables. Las lenguas americanas se pueden clasificar en tres grupos: las indígenas, las neolatinas y el inglés. Las lenguas indígenas, en opinión de Reyes, son sólo reliquias arqueológicas. sin embargo, como todavía hay muchos pueblos que las hablan, piensa que deben ser atraídos al disfrute de las grandes lenguas nacionales, pues así lo exige la armonía continental (TyO, 268). Las lenguas indígenas son consideradas como lenguas muertas que dificultan la unidad americana; el atraerlas a las lenguas nacionales significa su completa desaparición. El interés

por estudiarlas y dotarlas de un alfabeto ha sido una medida transitoria y eficaz para la castellanización total y definitiva. Pero esta posición que Reyes comparte con las clases dominantes del "México imaginario", contradice el concepto de síntesis cultural propuesto por él mismo, en él habla de fusión de elementos diversos, no de la supresión de alguno de ellos. Las numerosas lenguas indígenas son el vehículo de las culturas de los grupos autóctonos de América. La "inteligencia americana" estará preparada para su tarea de elaborar una síntesis cultural cuando respete a las lenguas indígenas y les permita desarrollarse y expresarse libremente.

Las neolatina -español, portugués y francés- son lenguas permeables entre sí; pero entre ellas y el inglés se levanta una barrera que surge porque las lenguas tienen como base una manera diferente de ver y pensar al mundo. Sin embargo, no existe un factor perteneciente al núcleo de la cultura que no pueda ser traducido de una lengua a otra. La barrera, entonces, no es infranqueable; puede ser rota por el diálogo.

Entre las neolatinas, el español es un elemento importante de unidad, por ser la lengua oficial de los países iberoamericanos, con excepción del Brasil, En el Discurso por la lengua,¹⁰ Alfonso Reyes hace el elogio del español. Lo considera como una lengua de síntesis e integración histórica, pues es la unión del razonamiento de occidente y el espíritu de oriente; lo mismo sirve para expresar las argucias intelectuales de los escolásticos que las explosiones de ánimo de los místicos;

puede transportarnos de la tierra al cielo, o traernos el cielo a la tierra. Si la lengua es el vehículo de la cultura, el español puede ser el vehículo de la cultura latina, pues hemos recibido en la vasija del español el agua de la lengua romana:

Tenemos la suerte de que la lengua de Virgilio esté en el origen de nuestra lengua, y que cada palabra suya excite como en su centro y por el cordón del ombligo cada una de las palabras nuestras, aumentando así su peso de significación, su eficacia connotativa, sus calorías de alimento espiritual. (TyO,165)

Las palabras del español encuentran en la etimología un fuerte poder alimenticio; se nutren con raíces; crecen en un sustrato donde se encuentran todas las experiencias mentales de una gran civilización; encierran como en cápsulas toda la historia espiritual de una parte considerable de la humanidad; y nos hacen descender a los pozos profundos de nuestro inconsciente colectivo:

Esta inmersión en los vasos comunicantes de la subconciencia, donde cada hombre es injerto de antepasados y, sin abdicar nuestra dignidad de individuos, todos nos sentimos atados en igual tronco, del mismo modo que las hojas sin dejar de ser la sola unidad vegetal, el órgano por esencia del árbol, se sienten atados a su árbol. (Ibid.,165)

En consecuencia, las diferencias de lengua -como las de raza- no son un obstáculo serio para que la "inteligencia americana" realice su tarea de unificación de América.

Ésta se ve facilitada por numerosas semejanzas.

En primer lugar, el sentido utópico de América. Por encima de los afanes de explotación colonial, la entidad geográfica de América aparece presentida por la poesía como una utopía, como el campo donde puede edificarse una sociedad mejor, más feliz y más libre. Desde su aparición, América nace con la consigna de mejorar a la humanidad, que no es exclusiva de nuestro continente pero que encuentra en él un terreno propicio.

En segundo lugar, el carácter colonial. En las sociedades coloniales se da un principio de retrogradación, que consiste en volver a formas culturales de la metrópoli que son más antiguas o rudimentarias y que ya habían sido abandonadas. El teatro misionero de México, por ejemplo, retrocede a formas ya superadas en España. El principio de retrogradación, a pesar de su matiz negativo, permite a las sociedades coloniales estar más abiertas a la cultura universal y mejor dispuestas a recibirla. Mientras las sociedades europeas se recluyen en una torre de marfil, las americanas están adiestradas para buscar en el exterior su representación del mundo. Las condiciones de la conciencia pública en el momento de la formación de las colonias americanas, propiciaron que, en la época de su independencia, estuvieran mejor preparadas para recibir la herencia cultural europea. España se había reservado el derecho de la explotación económica de las colonias y el de la transmisión de la cultura. Inglaterra rompe

el monopolio económico y favorece la emancipación de las colonias españolas. Francia mina el monopolio cultural, filtrando ideas liberales que propiciaron su independencia. Las sociedades americanas, en consecuencia, se mostraron dispuestas a absorber todas las corrientes extranjeras, ya sea por una sórdida hostilidad hacia la metrópoli, ya sea por una convicción de universalismo. Toda la herencia cultural del mundo pasa a serlo de América con igual derecho. Pero mientras el ciudadano de las grandes naciones creadoras de la cultura europea no necesita salir de sus fronteras lingüísticas para completar su visión del mundo, el ciudadano de las colonias ha tenido que buscarla en fuentes extranjeras. En una etapa de adolescencia, la "inteligencia americana" se vió deslumbrada por lo extranjero; pero en una etapa de adultez, es ya capaz de hacer una confrontación y elaborar una síntesis cultural.

Finalmente, otra semejanza de los pueblos de América es su tradición internacional. Las naciones de Latinoamérica han vivido una experiencia de cooperación internacional que existía mucho tiempo antes de que se expresara en una forma jurídica. Los agravios a un país del continente han repercutido espontáneamente en los demás. La intervención francesa en México puso en guardia no sólo a los Estados Unidos, sino también a las lejanas repúblicas platenses y andinas. A pesar de las grandes divergencias culturales y jurídicas entre las dos Américas ha sido posible el diálogo entre ellas.

Gracias a la base común ibérica de América Latina y a la base común anglosajona de Norte América, ha sido más fácil la comunicación entre ellas que la que puede haber entre las naciones de Europa.

La "inteligencia americana", comparada con la europea, muestra cierto aire de improvisación y es menos especializada. Improvisación, porque se ve urgida a caminar con un ritmo acelerado, a zancadas, a saltos:

Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente. (UT, 82)

Menos especializada, porque la estructura social de nuestro continente exige al intelectual que desempeñe varios oficios. En América, el escritor es escritor más otra cosa; su mente, estorbada por las continuas urgencias, anda continuamente distraída, con lo que su producción espiritual es esporádica. Pero la "inteligencia americana" tiene la ventaja de una mayor vinculación social:

La inteligencia americana está más avezada al aire de la calle; entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil. (UT.86)

La "inteligencia americana" se encuentra preparada para poder cumplir su ardua tarea y convertirse en productora de una cultura universal.

En conclusión, Alfonso Reyes sostiene que la identidad de América está en la cultura latina que es universal. Las diversas culturas de América: la occidental y las indígenas deben fusionarse en una síntesis integradora, de la que debe surgir una nueva cultura.

El punto débil de la posición de Reyes está en la que asume respecto a las culturas indígenas pues considera que el núcleo de las mismas pertenece al pasado absoluto.

La fusión propuesta por Reyes requiere de mucho tiempo para que cristalice. No depende sólo de la voluntad individual sino también de otros factores sociales. Si la identidad de América está en esa cristalización de la cultura, podemos concluir que la identidad de América se encuentra todavía en proceso. América está en camino de ser. El ser de América es no ser todavía. Es una utopía.

NOTAS DEL CAPÍTULO QUINTO

1 Guillermo Bonfil califica de esquizofrénico el planteamiento para crear una cultura nacional que niega o suprime la realidad existente. Bonfil Batalla, G. México profundo. Una civilización negada, México, Grijalbo, 1990. pp.105-109

2 José Luis Abellán considera que el positivismo es la primera toma de conciencia de América en su búsqueda de identidad; y, por lo tanto, el primer paso hacia una expresión original de América. Abellán, José Luis. La idea de América. Origen y evolución, Madrid, Istmos, 1972. p.89

3 Linton, Ralph. Estudio del hombre. Apud Reyes, Tentativas y orientaciones, O.C., XI, México, FCE, 1982. p.257

4 Cfr. Abellán, José Luis. La idea de América. Op. cit.

5 El ambiente ejerce gran influencia, es cierto; pero no es absolutamente determinante. Alfonso Reyes sugiere más bien la idea de que el hombre posee el libre albedrío, la libertad humana, ausente de todo forzado determinismo.

6 Bonfil Batalla, G. México profundo. Op. cit., p.23

7 Ibid., pp.170-176. La desindianización es el proceso histórico por medio del cual poblaciones que originalmente poseían una identidad particular y distintiva, basada en una cultura propia, se ven forzados a renunciar a esa identidad con todos los cambios consecuentes en su organización social y su cultura (p.42). "Al proceso de desindianización se le ha llamado mestizaje; per fue, es etnocidio" (p.520)

8 En una conferencia del Pen Club de Buenos Aires, Reyes usó la frase "síntesis de cultura", que también fue usada por el filósofo argentino Francisco Romero, sin que antes se hubieran puesto de acuerdo. Algunos europeos, dice Reyes, "quedaron tristemente convencidos de que pretendíamos reducir la función de la inteligencia americana a organizar compendios de cultura europea. Cfr. Reyes, Los trabajos y los días, O.C., XI, p.265.

9 Bonfil Batalla. México profundo. Op. cit. pp.51-72

10 "Discurso por la lengua" en Tentativas y orientaciones. O.C., XI. pp.312-326

EXPRESION FORMAL DEL CONTENIDO

En este capítulo pretendo estudiar la forma peculiar empleada por Reyes para expresar su idea de América. América es una utopía. ¿Qué es, pues, la utopía? ¿Y qué es América? Estos son los conceptos de Reyes, su contenido. Pero, ¿cómo los expresa? ¿Cuál es su forma o estilo de escribir? ¿Qué tipo de recursos emplea? ¿Qué símiles? ¿Qué metáforas? ¿Qué imágenes?

Es verdad que forma y contenido son inseparables en un escrito; y que toda separación que se intente será siempre artificial; y que la observación que de ahí se desprenda, será una nota de laboratorio más que la vida misma que es indivisible. A lo largo del presente trabajo, a medida que descubríamos los conceptos de Reyes sobre el tema, pudimos observar el modo peculiar con que los expresaba. Los vimos sin hacer disecciones; en plenitud de vida. Pero el trabajo de laboratorio se requiere para entender mejor la vida, de manera que es conveniente para realizar un trabajo completo, dedicar un espacio al examen de los recursos

formales empleados por Reyes en la expresión de sus ideas sobre América. No se trata, por tanto, de un estudio exhaustivo del estilo alfonsino que, ya él solo, sería tema para ocupar integralmente una investigación; y que, por otra parte, ya ha sido realizado por algunos autores como J. Willis Robb¹. Tampoco pretendemos ocuparnos de la expresión formal de todos los conceptos de don Alfonso que aparecen en el presente trabajo. Nos interesa solamente sacar unas cuantas muestras que nos den la oportunidad de valorar algunos recursos estilísticos de Alfonso Reyes, alrededor de los temas de Utopía, América, Descubrimiento e Identidad de América.

La observación de esos recursos nos permitirá, finalmente, conocer algunos rasgos característicos del escritor que es Alfonso Reyes.

6.1 La Utopía

Reyes define la utopía, usando una metáfora: la utopía, dice, es un "crepúsculo de verdad y mentira, siempre fecundo" (TD, 276)², porque así como ese momento del día, nos permite distinguir con claridad la luz de la sombra; de la misma manera, en la utopía se confunden lo ficticio y lo real.

Dos elementos conforman la utopía: la ficción y la propuesta de un mundo mejor. Para describir el primer elemento, Reyes usa la metáfora de "juego infantil" (NTL,340), con lo que subraya su carácter imaginativo. Para el segundo elemento, emplea la de "sueño" (Ibid.,341), que implica la idea de anhelo, de deseo de una situación mejor. Ambos elementos se manifiestan en la metáfora de "espejismo" (Ibid.,341), pues imaginamos aquello que anhelamos.

La utopía encierra la idea de progreso -caminar hacia adelante-, aun cuando a veces, eso signifique una vuelta al pasado, considerado como un paraíso. Y, al mismo tiempo, se caracteriza por una inclinación socialista. Progreso y socialismo, tendencia vieja y tendencia nueva. Reyes las representa con la metáfora de la carretera y de la selva, respectivamente. Añade los epítetos de hollada y apenas desbrozada para señalar la vieja tendencia positivista del progreso y la novedad con que en su tiempo aparecía el Socialismo:

No podemos aventurarnos en la hollada carretera del progreso y la perfectibilidad, o en la selva apenas desbrozada del socialismo y el comunismo sin pisar terrenos de la utopía. (NTL,342)

La utopía representa un espacio distante, al que se llega por medio de innumerables peligros. Reyes lo expresa bellamente, al decir que sólo se llega a ella "por la temerosa senda de los naufragios" (NTL,381).

6.2 La utopía de América

América, antes de ser descubierta, era ya una utopía. Para expresar esta idea, Reyes se sirve de las siguientes metáforas: América era ya " un anhelo apremiante y casi una necesidad poética de las gentes " (UT,14).

La poesía es hermana de la utopía, pues nacen de la misma facultad del hombre que imagina y crea. La poesía está entre los impulsos ideales que influyeron en el descubrimiento de América. Don Alfonso los presenta en esta definición de América, llena de metáforas: el nuevo continente es "la invención de los poetas, la charada de los geógrafos, la habladuría de los aventureros" (Ibid.,14).

La leyenda sobre nuevas tierras era persistente. Don Alfonso, observador acucioso, la compara con la "ruda", esa humilde planta de los campos de México, capaz de soportar las pisadas sin marchitarse: "Cien veces deshecha, la leyenda vuelve a recobrase como la ruda aplastada por los pies" (Ibid.,32).

Las ideas de los geógrafos, contemporáneos de Colón, impregnaban el ambiente. Las motitas de polvo flotando en el aire, vistas gracias al rayo de sol que se cuela en su estudio, le dan a Reyes el término de comparación para describir la abundancia de opiniones geográficas del siglo XV: "las ideas geográficas flotan en el aire como partículas de polvo" (UT,33).

Son notables los epítetos con que Reyes califica todas esas leyendas y narraciones que llenaron la mente de Colón y que recogió en los mentideros del puerto, o entre los portugueses, "valiente nidada de todos los ensueños geográficos" (Ibid.,33): "malhadados papeles, desmañadas historias, patrañas de vieja cuentera" (Ibid.,33).

Esas historias tan bien recibidas por los contemporáneos de Colón -y por otros muchos antes que él-, revelan la atracción que ha ejercido siempre el espacio desconocido, especialmente si se encuentra al Occidente. Las metáforas empleadas por Reyes para expresar esa atracción son:

el extraño imán de Occidente (Ibid.,17)

el misticismo de Occidente (Ibid.,17)

misticismo del crepúsculo vespertino

(Ibid.,12)

6.3 El descubrimiento

Colón hace una selección cuidadosa de las ideas fantásticas de su tiempo. Reyes lo describe, empleando la imagen del gambusino: "ni en esto y otras muchas cosas hacía más que colar el río de una tradición secular para quedarse con las arenas de oro" (U¹,16).

En busca de la utopía, Colón se hace a la mar. El ambiente de su tripulación está lleno de recelo y desconfianza. Don Alfonso nos lo pinta con esta bella prosopopeya:

la discordia viajaba también, subrepticia
todavía y de contrabando, en las carabelas
del descubridor. (Ibid.,45)

Lo que busca Colón no se deja ver por ninguna parte, huye ante su quilla, "esquivándolo de una en otra isla como duende travieso" (Ibid.,43). Finalmente, América "asoma la cabeza como la nereida en la égloga marina" (Ibid.,58). La utopía se hace realidad, o para decirlo con la metáfora de Reyes:

la chispa del sueño había caído sobre
el grano de pólvora de la realidad.
(Ibid.,50)

Reyes se sirve de la imagen del prestidigitador. América como una moneda aparece sorpresivamente en la mano de Colón:

entre la oportuna mano del mago, dibuja
unos pases en el aire, funde y concreta
las inefables partículas dispersas
y ofrece, en la palma, la moneda.

(Ibid., 30)

América es la moneda, o el fragmento de la moneda que faltaba al rey de la fábula para descifrar la leyenda de su destino (Ibid., 61). De este modo se conoce el contorno de la tierra. El mapa del mundo -"rompecabezas de mar y tierra" (Ibid., 28 y NTL, 345)- queda integrado. La marcha "inspirada y titubeante" (UT, 11) hacia el conocimiento de la geografía completa de la tierra, alcanza su meta.

6.4 La identidad de América

Alfonso Reyes piensa que la identidad de América está en la integración de las culturas prehispánicas en la gran cultura universalgrecolatina que nos llega por medio de España. Para ello emplea las metáforas de "injerto" y de "amalgama":

El injerto de la cultura española en
cepa mexicana.

(LNE, 299)

La amalgama entre la bronca y radiante hispanidad y aquella gama del sentimiento indígena que corre del patetismo sagrado a la melancolía. (LNE,333)

Reyes emplea la alegoría del río que baja de las montañas y se precipita en el mar, cuando quiere expresar la idea de que la cultura universal se va enriqueciendo con la integración de diversas culturas, sin perder su identidad:

adelanta modificándose, y las aguas que entran al mar no son ya las mismas que habían bajado con los deshielos de las cumbres. ¡Y todas son el mismo río! Acrecido al paso con afluentes, batido con otras sales del suelo, alterado con otros regímenes de clima y lluvias, pero siempre -en el saldo de su corriente y las erosiones que traza por la tierra- el mismo río. (Ty0,159)

Otra metáfora que gusta de emplear Reyes para referirse a la cultura universal es la de un banquete, al que América ha llegado tarde (UT,82).

En compensación por su retardo, América debe apresurar el paso, caminar a saltos, pues ella puede ofrecer a la humanidad una síntesis de todos los elementos culturales, de donde surja una nueva cultura universal. Esa es la tarea de la "inteligencia americana", de los poetas, de los soñadores, de los nuevos creadores de utopías, que se adelantan en esto a los políticos. El rezago de la política respecto a la literatura, es expresado con belleza en la siguiente alegoría, donde se manifiesta la oportunidad con que Reyes emplea el recuerdo de las peripecias de un viaje por malos caminos, para dar claridad a su pensamiento:

Y (percibimos) que la política viene detrás con gran retardo, con incontables tropiezos y de tiempo en tiempo se atasca como carro en pantano, o se clava de cuatro patas como mula en ladera, y no hay poder que la haga avanzar. (TyO,189)

La creación de una nueva cultura no significa un rompimiento abismal con las viejas culturas, pues éstas no mueren sino que evolucionan. Reyes usa una frase del Tenorio, dándole fuerza a su pensamiento:

Pues eso de la "decadencia de Occidente" no es cosa de hoy, lo que bien puede servirnos de consuelo, al ver que gozan de buena salud las civilizaciones que los teóricos matan, de cuando en cuando en sus libros. (TyO, 364)

De la rápida mirada a la forma de escribir de Alfonso Reyes, podemos concluir que, si el estilo es el hombre -según la conocida definición de Proudhon- la manera como don Alfonso escribe nos revela a un hombre de una densa cultura y con una retentiva extraordinaria. Reyes ha sabido asimilar y retener abundantes datos recogidos en sus numerosas lecturas, que le permiten formar un banco de memoria, de donde saca, en el momento oportuno, la figura retórica adecuada.

Pero Alfonso Reyes no es solamente un hombre de libros. Se advierte que, además de saber leer, es un observador atento de la naturaleza y del acontecer cotidiano, de donde brotan símiles, metáforas, alegorías y prosopopeyas.

NOTAS DEL CAPITULO SEXTO

1 Robb, James Willis, El estilo de Alfonso Reyes (Imagen y estructura), México FCE, 1978. Y Amado Alonso, "Alfonso Reyes" en Materia y forma en poesía. Madrid, Gredos, 1975.

2 Los subrayados en las citas de Alfonso Reyes son míos.

CONCLUSIONES

La visión que Alfonso Reyes tiene de América es la de una utopía. Esta no es sinónimo de lo imposible; es la representación de un mundo ideal, imaginado, que todavía no existe, pero que puede existir. Son, pues, elementos esenciales de la utopía. la imaginación y la propuesta de un mundo ideal; pero, de ninguna manera, la imposibilidad o la quimera.

La utopía -como obra literaria- nace de la facultad poética, que consiste en imaginar, crear y recrearse con lo imaginado; como propuesta de un mundo ideal, del descontento con la realidad que nos rodea. La insatisfacción con nuestro presente -espacial y temporal- nos hace evocar con nostalgia un pasado considerado mejor, o imaginar un futuro lleno de esperanzas. Pasado o futuro que no se encuentra aquí, en este espacio, sino allá, en la lejanía.

América es, en consecuencia, una utopía, en cuanto que es el lugar donde puede edificarse un mejor. América es la invención de los poetas, porque su aparición es el resultado, no sólo de impulsos económicos sino también de impulsos ideales. Los relatos de viajes de los "colonos desconocidos" -aquellos aventureros que, supuestamente, llegaron a América

antes que Colón- aun cuando no puedan probarse históricamente, sirvieron de inspiración a posteriores exploradores, entre los que sobresale el Almirante de la Mar Océana. Y es que las tierras lejanas, especialmente de Occidente, han ejercido una atracción fascinante en los hombres de todas las épocas. En el seno de los humanistas del Renacimiento era ya opinión general que, hacia la parte donde se ocultaba el sol, debía existir una nueva parte del mundo, habitada como la antigua.

El descubrimiento de América forma parte de un proceso general, por el cual el hombre va completando la figura geográfica del planeta. América, que era ya una necesidad de la mente, será, una vez descubierta, la realidad que tanto se había soñado. Los sueños de los poetas se reflejan en los pasos de los exploradores. Los presagios, las adivinaciones, el mito señalaron el camino de América. Cuando ésta aparece, los pensadores renacentistas ven en ella el espacio ideal donde construir un mundo mejor. Siguiendo el modelo de la Atlántida, se empeñarán en realizar en ella sus sueños: los jesuitas en el Paraguay, Vasco de Quiroga en Michoacán y, en el norte del continente, los colonizadores que llevaban en su mente la Oceana de Harrington. América es así la utopía hecha realidad.

La nueva tierra despierta la admiración de los conquistadores. Se exalta la grandeza de los monumentos prehispánicos: templos, palacios, ciudades; su organizada civilización; pero, sobre todo, el paisaje que se se refleja en la poesía indígena. Esta no goza sino de una autenticidad relativa, pues la destrucción de la conquista aniquiló el núcleo de la cultura precolombina. Ya no existe. Sólo quedan ruinas que interesan al arqueólogo o al turista. Al mismo tiempo que se exalta la nueva tierra, se desprecia al habitante que la ocupa, se le suprime y se le niega. La conquista fue una ruptura con el mundo indígena.

Durante la colonia se realiza un doble proceso: el de la formación de una cultura y el de la identidad del ser americano. La formación de la cultura es producto de diversos factores, entre los que sobresale la educación. Al principio, la obra educativa tiene un objetivo misionero; después se va haciendo elitista, favorece a los mejor situados en la escala social: los indígenas nobles y los criollos. Se va creando así una sociedad aristocrática, de la que el indio queda al margen, y en la que florece una cultura trasplantada de Europa. Paralelamente, se va tomando conciencia de un modo de ser propio del americano. El criollo se siente diferente, aunque no inferior, del peninsular, con lo que se gesta un "resquemor criollo", al verse excluido

de los privilegios reservados a los peninsulares. Juan Ruiz de Alarcón es el prototipo de ese modo de ser americano, si no como escritor, al menos como hombre. Sigüenza y Góngora encuentra en la tradición indígena lo que otros buscaban en la occidental, pero establece lo que, en adelante, parece ser una conducta constante: la exaltación del indio de ayer y la negación del indio de hoy.

Reyes emprende la búsqueda de la identidad del ser americano. No está en la geografía, la raza o lo autóctono, sino en la cultura. La cultura universal es la latina, llegada a nuestro continente por medio de España. La inteligencia americana tiene como tarea crear una síntesis, que no es un mero compendio de lo occidental, sino una amalgama de todos los elementos culturales existentes, capaz de dar origen a una nueva cultura. La preocupación de Reyes por rescatar los valores de la tradición occidental, le hace dejar al margen la tradición prehispánica. Sin embargo, la síntesis cultural que propone no será universal, si se excluyen los rasgos culturales del mundo indígena que quinientos años de represión no han logrado borrar. La identidad del ser americano es un proceso que no ha terminado; por eso, la identidad del ser americano es no sser todavía; es una utopía: aun no existe, pero puede existir.

Finalmente, la rápida mirada al estilo de Alfonso Reyes nos muestra que su forma de escribir es inseparable de su contenido. Habiendo leído a Reyes no es posible separar la idea de América de los epítetos, metáforas, símiles o alegorías con que la expresa, pues los recursos estilísticos no son en Reyes simples adornos literarios, sino medios que dan claridad a su pensamiento. Esos recursos nacen de una doble fuente: las numerosas lecturas de don Alfonso y su cuidadosa observación de la naturaleza y del acontecer cotidiano. Ambas, puestas al servicio de su facultad poética, hacen de don Alfonso un gran escritor.

Quiero terminar este trabajo con una alegoría de Reyes, que expresa la idea de que toda creación, al cobrar vida, está destinada a crecer o morir lejos de su creador: "Los poetas lo saben bien, ellos que trabajan su poema como quien va cortando las amarras de un barco, hasta que la obra, suficiente ya, se desprende, y desde la orilla la vemos alejarse y correr las sirtes a su modo" (TyO,157).

Ha llegado el momento de que esta Visión de América suelte las amarras y se haga a la mar. Ojalá navegue con viento favorable.

BIBLIOGRAFIA

I OBRAS DE ALFONSO REYES

Cuestiones estéticas. O.C., I, México, FCE, 1955. pp.9-16

Junta de sombras. O.C., XVII, México, FCE, 1965. pp.231-535

Letras de la Nueva España. O.C., XII, México, FCE, 1960. pp.280-391

No hay tal lugar. O.C., XI, México, FCE, 1960. pp.335-389

Tentativas y orientaciones. O.C., XI, México, FCE, 1960. pp.156-334

Los trabajos y los días. O.C., IX, México, FCE, 1959. pp.198-457

Ultima Tule. O.C., XI, México, FCE, 1960. pp.9-153

Visión de Anáhuac. O.C., II, México, FCE, 1956. pp.9-34

II ESTUDIOS SOBRE ALFONSO REYES

Alonso Amado, "Alfonso Reyes" en Materia y forma en poesía.
Madrid, Gredos, 1975.

Aponte, Bárbara. Alfonso Reyes and Spain. Austin, University
of Texas Press, 1972. 206 pp.

Balseiro, José Agustín. "Mis recuerdos de Alfonso Reyes",
en Expresión de Hispanoamérica. 2a. ed., Madrid, Gredos,
1970. pp.129-147

- Bosco, María Angélica. Borges y los otros. Buenos Aires, Cía. Fabril Editores, 1967. (Los libros del mirasol) (Sobre Borges y Reyes, pp. 64-66).
- Carballo, Emmanuel. "Alfonso Reyes", en 19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX. México, Empresas editoriales, S.A., 1965. pp.101-137. (Prólogo, pp.11-16)
- Colegio Nacional. El Colegio Nacional a Alfonso Reyes (uno de sus miembros fundadores) en su cincuentenario de escritor. México, El Coleg. Nac., 1956. 256 pp.
- During, Ingemar. Alfonso Reyes helenista. Madrid, Insula, 1955.
- Earle, Peter G. "Alfonso Reyes", en Historia del ensayo hispanoamericano. México, Edic. de Andrea, 1973. pp.103-107
- González de Mendoza, J. Ma. "Alfonso Reyes anecdótico", en Ensayos selectos. México, Tezontle FCE, 1970. pp.234-259
- Gutiérrez Girardot, Rafael. La imagen de América en Alfonso Reyes. Madrid, Insula, 1955. 71pp.
- Henríquez Ureña, Pedro. Seis ensayos en busca de nuestra expresión. México, FCE, 1960. (Incluye un ensayo sobre Alfonso Reyes).
- Iduarte, Andrés. "Alfonso Reyes: el hombre y su mundo", en Tres escritores mexicanos. México, Ed. Cultura, 1967. pp. 25-64
- Iduarte, Andrés et al. Alfonso Reyes: vida y obra - bibliografía - antología. New York, Hispanic Institute in the United States, 1956. 113 pp.
- Leal, Luis. "La visión de Anáhuac de Alfonso Reyes: tema y estructura", en (varios): Inst. internac. de Literatura Iberoamericana. El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica. Toronto, Canadá, Univ. de Toronto, 1970. pp.49-53
- Martínez José Luis. "Alfonso Reyes", en El ensayo mexicano moderno. México, FCE, 1971. (Vol. I) pp.289-293

- Mejía Sánchez, Ernesto. "Introducción" a la Antología de Reyes, A., México, Promexa, 1979
- Mejía Sánchez, Ernesto. Más sobre Unamuno y Reyes. México, UNAM, 1964
- Mejía Sánchez, Ernesto. La vida en la obra de Alfonso Reyes. México, SEP, 1966. 60 pp.
- Mora, Raúl H. Preséncia et activités litteraires d'Alfonso Reyes á Madrid. París, 1970. (ejemplar en la Capilla Alfonsina, México, D.F.)
- Morales, Jorge Luis. España en Alfonso Reyes. Río Piedras, Puerto Rico, Editorial universitaria, 1976. 181 pp.
- Olguín, Manuel. Alfonso Reyes ensayista: vida y pensamiento. México, Edic. de Andrea, 1956. 230 pp.
- Rangel Guerra, Alfonso. Páginas sobre Alfonso Reyes. Monterrey, Univ. de Nuevo León, 2 vols., 1955, 1957. 592, 643 pp.
- Rendón Hernández, José Angel. Alfonso Reyes: instrumentos para su estudio. Monterrey, Univ. Aut. de N.L., 1980
- Reyes, Alicia. "Prólogo" a Anecdotario de Reyes, A. México, Era, 1968
- Reyes, Alicia. "Prólogo" a Diario 1911-1930, de Reyes, A., Guanajuato, Univ. de Guanajuato, 1969. 330 pp.
- Reyes, Alicia. Genio y figura de Alfonso Reyes. Buenos Aires, Edit. universitaria de Bs. Aires (EUDEBA), 1977. 335 pp.
- Robb, James Willis. El estilo de Alfonso Reyes (imagen y estructura). México, ECE, 1978. (2a. edic.) 305 pp.
- Robb, James Willis. Estudios sobre Alfonso Reyes. Bogotá, Edic. El Dorado, 1976. 165 pp.
- Robb, James Willis. Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes. México, UNAM (Inst. de Investigac. bibliográficas, Biblioteca nacional de México), 1974. 294 pp.

- Treviño González, Roberto y Rangel Frías, Raúl. Alfonso Reyes. Datos bioográficos y bibliográficos. Monterrey, Univ. de Nuevo León, 1955
- UNAM (Edición de Augusto Monterroso y Ernesto Mejía Sánchez) Libro jubilar de Alfonso Reyes. México, UNAM (Dir. Gral. de Difusión cultural), 1956. 256 pp.
- Universidad de Nuevo León. Páginas sobre Alfonso Reyes. Edic. homenaje, Monterrey, Univ. de N. L., 1955-57.
- Varios. Algunos aspectos de la obra de Alfonso Reyes. Guadalajara, Jal., Et Caetera, 1971.

III HEMEROGRAFIA SOBRE ALFONSO REYES

- Aponte, Bárbara. "vigencia de Alfonso Reyes", Boletín. Capilla Alfonsina No. 19, México (Enero-Marzo) 1971
- Arciniegas, Germán. "El segundo Don Alfonso el Sabio", El Nacional, Suplem. dominical, No. 452. México, 27 de Nov. de 1955, p. 3
- Babín, Ma. Teresa. "Alfonso Reyes ante los escritores americanos de hoy", Boletín Capilla Alfonsina No. 18, México (Oct.-Dic.) 1970. pp.14- 18
- Gaos, José. "Alfonso Reyes y el Colegio de México", Boletín Capilla Alfonsina No. 7. México, (31 de Marzo), 1968
- Gariano, Carmelo. "La utopía humanística según Alfonso Reyes", Revista de la Universidad de México, XXVII. México, (Septiembre) 1972. pp.19-24
- Henestrosa, Andrés. "Alusiones a México en la obra de Alfonso Reyes". Boletín Capilla Alfonsina No. 20. México (Abril-Junio) 1971. pp.6-7
- Martínez, José Luis. "La obra de Alfonso Reyes". Cuadernos Americanos. Año XI, No. 1, México (Enero-Febrero) 1952 pp. 109-129

- Mojarro, Tomás. "Visión de Reyes: lo hizo todo y todo bien".
El sol de México, suplem. dominical No. 33 (Edic. homenaje
 a A. Reyes) México (18 de Mayo) 1975. p.6
- Novo, Salvador. "Visita a Alfonso Reyes". Boletín Capilla
 Alfonsina No. 24. México, (Abr.- Jun.) 1972. pp. 7-8
- Osiek, Betty Tyree. "XI Aniversario del fallecimiento de Alfonso
 Reyes: Aspectos de Alfonso Reyes". Boletín Capilla Alfonsina
 No. 18. México, (Oct. - Dic.) 1970. pp. 5-6
- Rangel Guerra, Alfonso. "Menéndez Pelayo y Alfonso Reyes".
Boletín del Colegio de México No. 12. México (Marzo-
 Abril) 1987
- Ricassen Siches, Luis. "El humanismo de Alfonso Reyes".
Filosofía y letras, XXI, México, 1957. pp. 165-171
- Robb, James Willis. "Imágenes de América en Alfonso Reyes
 y en Germán Arciniegas". Humanitas, Monterrey, V, 1964.
 pp. 155-269

IV ESTUDIOS SOBRE AMERICA

- Abellán, José Luis. La idea de América. Origen y evolución.
 Madrid, Istmos, 1972
- Ainsa, Fernando. "La lateridad lejana como utopía en el
 mito de la tierra prometida", en Cuadernos Americanos.
Nueva Epoca 10. México, UNAM, 1988 (Año II, vol. 4,
 Julio- Agosto de 1988)
- Bonfil Batalla, Guillermo. México Profundo. Una civilización
 negada. México, Grijalbo, 1990
- León Portilla, Miguel. Trece postas del mundo azteca. 4a.ed/
 México. UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas,
 1981
- León Portilla, Miguel. Literatura de Mesoamérica. México,
 Sep Cultura, 1984
- O'Gorman, Edmundo. La invención de América. México, FCE,
 1984. (Lecturas Mexicanas, No. 63)

Zavala A., Silvio. La "utopía" de Tomás Moro en la Nueva España y otros estudios. México, 1937

Uría -Santos, Rosa María. "El Ateneo de la Juventud: su influencia en la vida intelectual de México", (Ph. D. dissertation) University of Florida, 1965

Valbuena Briones, Angel. "El camino de América en Literatura hispanoamericana. Barcelona, Gustavo Gili, 1961, pp. 516-520 (V tomo de Historia de la Literatura Española, de Valbuena Prat)

V ESTUDIOS SOBRE EL ENSAYO HISPANOAMERICANO

Earle, Peter G. Historia del Ensayo Hispanoamericano. Edic. de Andrea, México, 1973. pp.103-107

Mead Jr., Robert G. Breve historia del ensayo hispanoamericano. México, Edic. de Andrea, 1956. 142 pp.

Mejía Sánchez, Ernesto. El ensayo actual latinoamericano. México, Edic. de Andrea, 1971

Mejía Sánchez, Ernesto. "Ensayo sobre el ensayo hispanoamericano" en Inst. Internac. de Literatura iberoamericana, El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica. Toronto, Canadá, Univ. de Toronto, 1970